

# REAL COMO LA VIDA MISMA

**José Carlos Canalda**



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
EL CASO DE LAS CARTAS OLVIDADAS	3
EUTANASIA, S.A.	8
EL CASO DEL CRIMEN PERFECTO	12
RUFINA	18
SU MEJOR AMIGO	31
EL MEDIOCRE	34
AFUERA	37
EL TESTAMENTO DE UN ESCRITOR	41
HISTORIA DE DOS AMIGOS	48
PODRÍA SER YO	51
EL VALOR DE LO ÚNICO	52
NOSTALGIA	56
MALA DIGESTIÓN	57
EL INÚTIL	60

## PRESENTACIÓN

Aunque la mayoría de mis relatos se encuadran dentro de los géneros de la ciencia ficción y la fantasía, he escrito algunos de ellos pertenecientes a lo que se podría denominar literatura realista. Y, pese a ser una mínima parte de mi producción literaria, no por ello carecen de interés; o al menos, así lo creo.

*José Carlos Canalda*

## EL CASO DE LAS CARTAS OLVIDADAS

El informe policial no podía ser más escueto ni más frío: aquella gélida mañana de enero una anciana había sido encontrada muerta en el interior de su mísera chabola. Se trataba de un caso desgraciadamente muy habitual en la gran ciudad, un suceso que apenas si ocuparía una mínima columna perdida entre las páginas de relleno de alguno de los semanarios especializados en sucesos.

La compleja maquinaria burocrática se puso en marcha una vez más con la habitual parsimonia producto de una costumbre sólidamente asentada. La patrulla policial se dirigió hacia el sórdido suburbio comprobando la certeza de la información; por otro lado, no podía ser de distinta manera teniendo en cuenta que los habitantes del barrio jamás hubieran reclamado la presencia allí de las fuerzas del orden para algo innecesario o, al menos, evitable de acuerdo con los criterios de su particular concepción de la convivencia social.

Una vez levantado el cadáver el dictamen del forense fue taxativo: Se trataba indudablemente de un caso de muerte natural, entendiendo como tal los efectos combinados de la edad, el frío y la inanición sobre el minado organismo de la infortunada anciana. Y, mientras el cuerpo quedaba en el depósito a la espera de ser reclamado por algún familiar, la policía recibió la autorización necesaria para proceder a una investigación tendente a conocer la identidad de la fallecida... Aunque en realidad había más bien poco que investigar.

De los interrogatorios efectuados a los escasos curiosos que accedieron a la solicitud policial, tan sólo pudo saberse que la anciana, a la que todos llamaban Visitación sin que nadie pudiera precisar cuáles eran sus apellidos, carecía de ocupación alguna viviendo exclusivamente de la caridad pública. Ni se le conocía familia alguna ni ella había dado a entender en ningún momento que la tuviera. Apenas abandonaba su refugio a excepción de las visitas diarias que realizaba a un cercano comedor de beneficencia, y no acostumbraba en ningún caso a molestar a sus vecinos por otra parte tan necesitados como ella. Sobria incluso para los parámetros del mísero barrio en el que habitaba, no parecía tener necesidades de ningún tipo coincidiendo todos en señalar que jamás había pedido limosna aún cuando no rechazaba aquello que libremente se le ofrecía, generalmente ropas usadas. De hecho, Visitación parecía vivir en su propio mundo interior ajena por completo a la sórdida realidad que le rodeaba; a nadie molestaba y todos la respetaban igual que se respeta a algo insignificante o inofensivo.

No menos parco resultó el registro de su vivienda, apenas algo más que unos tablones de madera adosados al muro de un antigua fábrica, todo ello parchado con uralitas y cartones. En su reducido espacio interior se apiñaba un reducido mobiliario constituido

únicamente por el jergón en el que apareciera el cadáver de la anciana, una destartada silla y una mugrienta mesa remendada groseramente con toda una teoría de tablas de madera producto de las más heteróclitas procedencias. Un lío de ropa remendada recogido en un rincón, unos cuantos cabos de velas a la sazón apagados, una desconchada escudilla con una cuchara de palo encima y un desportillado portarretratos mostrando tras el quebrado cristal la amarillenta imagen de un sonriente soldado cerraban el pobre inventario.

Fue la búsqueda del inexistente carnet de identidad de Visitación lo que motivó el hallazgo de la caja. Ésta se hallaba escondida, quizá buscando un retazo de intimidad, en un hueco del muro parcialmente tapado por el jergón, lo que había motivado sin duda que hubiera pasado desapercibida durante la primera y más somera inspección. Se trataba de una antigua y resistente maleta de cuero que por su tamaño bien hubiera podido pasar por un pequeño baúl y que, a pesar de la humedad que evidentemente había soportado durante años, se encontraba en un aceptable estado de conservación. Al intentar abrirla los policías descubrieron que ésta estaba cerrada con llave, resultando completamente infructuosa la búsqueda de la misma; ésta se encontraría más tarde colgada del cuello de Visitación, ahora depositada en una fría mesa de mármol a la espera de su definitiva identificación.

Trasladada finalmente a las dependencias policiales, la maleta provocó una lógica expectación entre los agentes encargados del caso; no sería la primera vez que se descubrían importantes sumas en dinero o en joyas acumuladas por unos mendigos que jamás habían hecho uso de ellas. Tras una breve e infructuosa espera la inexistencia de familiares que reclamaran el cadáver hizo que la maleta fuera por fin abierta. Y, en contra de lo que todos esperaban, su interior se mostró carente por completo de objetos de valor; estaba repleta, por el contrario, de fajos de cartas cuidadosamente ordenadas.

La sorpresa causada por tan insólito hallazgo no disminuyó en intensidad sino que ocurrió todo lo contrario una vez que se hubo comprobado el destino de las distintas misivas: si algo tenían todas ellas en común, era precisamente la total heterogeneidad tanto en los remitentes como en las personas a las que iban dirigidas, ninguna de las cuales coincidía con la pobre Visitación. Las había en número de muchos cientos escalonadas a lo largo de un período de tiempo que abarcaba varios años. Un examen más detenido de las mismas permitió descubrir al fin un detalle que se repetía curiosamente en todos los casos: el sello aplicado por la administración de Correos mediante el cual constaba que el envío había sido devuelto a su remitente por no haberse podido entregar en la dirección reseñada en el sobre.

Se consultó, lógicamente, a los funcionarios de Correos en un intento de esclarecer el origen de las mismas. La respuesta fue, al mismo tiempo, tajante y ambigua: Procedían, efectivamente, del depósito de cartas extraviadas; allí iban a parar todos aquellos efectos postales que no habían podido ser entregados a sus destinatarios y que tampoco se había

conseguido devolver posteriormente a sus remitentes. Todas ellas eran destruidas una vez cumplido el plazo de tiempo marcado por la ley; ignoraban, por tanto, cómo habían podido llegar en tan elevado número a manos de la anciana.

Las sospechas recayeron entonces en el cartero del barrio, el cual había iniciado su trabajo allí en una fecha sospechosamente coincidente con la marcada en las cartas más antiguas. El hecho en sí no estaba tipificado como delito puesto que todas las cartas encontradas, aún las más recientes, habían cumplido con creces el plazo de espera después de haber sido dadas definitivamente por perdidas; pero no menos cierta era la presunción de que se había cometido una grave falta administrativa, por lo que a solicitud de sus propios superiores el cartero fue llamado a declarar por los inspectores de policía. Requerido por los agentes del orden ("*Treinta años de intachable hoja de servicios*", les había recordado su inmediato superior), el modesto funcionario se ofreció voluntariamente para revelar una larga historia en la que él había desempeñado un papel primordial.

Juan Rodríguez era toda una institución tanto en el barrio como entre sus compañeros de trabajo. Cercano ya a la jubilación, formaba parte por derecho propio del escaso grupo de personas capaces de humanizar su relación con los demás haciendo de la convivencia diaria algo muy distinto de la indiferencia hostil hacia los semejantes que suele caracterizar a la vida en las grandes ciudades. Obligado a moverse en un barrio que era el refugio de buena parte de la marginación social generada por la metrópoli, se había visto convertido de hecho en el confidente de la mayor parte de los habitantes del mismo todos ellos, huelga decirlo, incapaces de entender la palabra escrita. Querido y respetado por todos y sin enemigos conocidos en un lugar en el que no eran extraños los ajustes de cuentas al margen de la ley, su cotidiana labor constituía una de las escasas satisfacciones que podían permitirse aquellas sencillas gentes con las que Juan compartía las ilusiones y los sinsabores. Todos encontraban en él una frase amable y una comprensión a sus difíciles problemas; Juan era así testigo de excepción de la vida de la comunidad intentando en todo momento paliar en la medida que le permitían sus limitados medios las injusticias sociales que, como ocurre siempre, se cebaban cruelmente en la carne de los más débiles.

Juan conocía a Visitación casi desde el primer día en el que comenzó a repartir sus cartas allí. Recordaba emocionado la ocasión en la que, recién llegado al barrio, la infeliz anciana se había dirigido a él preguntándole por su Pablo. Pablo había prometido escribirla desde la lejana Argentina, y Pablo jamás le había mentado. Pero durante años, muchos años, todos los carteros se habían negado a entregarle sus cartas. Juan era nuevo, y sin duda sería bueno. Él sí le daría las cartas de su Pablo.

Poco a poco fue Juan conociendo la triste historia de la anciana. Pablo había sido el amor, el único amor de la infeliz Visitación. Ambos eran jóvenes, y pensaban casarse una vez que él hubiera terminado el servicio militar. Pero la boda nunca se llegó a celebrar. Pablo adujo que necesitaban dinero, mucho dinero, para crear una familia, y ninguno de los

dos lo tenía. Pablo decidió marchar a América en busca de una fortuna que aquí se le negaba. Cuando fuera rico llamaría a Visitación y allí se casarían disfrutando juntos de una existencia infinitamente más feliz que la que su limitado medio social podía ofrecerles.

Pablo partió rumbo a lejanas tierras y Visitación no volvió ya a tener noticias suyas. Durante años aguardó ansiosa su llamada firmemente esperanzada en la llegada de un futuro mejor para ambos. Pero el tiempo transcurrió inexorable y todo continuó igual en el limitado universo de la engañada mujer. Sin embargo, Visitación nunca se resignó a su suerte justificando los hechos merced a la invención de explicaciones cada vez más inverosímiles. Sin rendirse a la evidencia había ido encerrándose cada vez más en su propio mundo interior, único en el que aún le eran posibles las ilusiones.

Visitación era ya una anciana marchita, pero su fe continuaba tan intacta como el primer día. Cincuenta años después aún seguía esperando la llamada de Pablo, una llamada que nunca llegaría ya. Por ello, Juan decidió suplantarla. Sería un engaño, sí, pero un engaño piadoso que permitiría a Visitación morir satisfecha llenando de esperanza los últimos años de una vida que hasta entonces había permanecido vacía.

Un buen día Juan apareció con una misiva de Pablo; se trataba, en realidad, de una carta perdida salvada en el último instante de la destrucción y la cual no iba a ser reclamada ya. A nadie podía interesarle ya, por lo que nada de malo había en su sustracción de la saca destinada al incinerador; pero serviría sin duda para llevar la esperanza a un alma contrita que hacía ya mucho tiempo que había olvidado lo que era la ilusión. Visitación no sabía leer, por lo que fue Juan quien se encargó de comunicarle las primeras noticias de Pablo tras su largo silencio. Y, huelga decirlo, la alegría de la anciana fue tal que al honrado cartero no le cupo ya la menor duda sobre lo lícito de su irregular iniciativa.

A partir de entonces, día tras día recibió Visitación una carta de su redivivo Pablo. Nada había cambiado en su mísera existencia, pero había conseguido que su vida cobrara de nuevo un sentido. Y era feliz, inmensamente feliz con esa rotundidad que sólo son capaces de alentar los ancianos y en los niños. La anciana aguardaba cada mañana, con la ilusión de una niña, la llegada de Juan con noticias de la remota Argentina. Conocía al fin todo lo que le había ocurrido a su Pablo desde aquella lejana fecha en la que cruzara el Atlántico y le había perdonado de corazón su tardanza en escribirla. Incluso había dictado a Juan con su torpe lengua alguna que otra carta dirigida a la lejana Argentina sin otra dirección que el ingenuo rótulo de Señor Juan Pérez. Argentina. Y, por supuesto, todas habían llegado a su destinatario gracias a la amabilidad del buen cartero que se había comprometido a enviarlas por el correo especial reservado a las grandes personalidades del mundo entero.

Supo así de sus avatares, de sus esfuerzos y, por fin, de sus éxitos. Ahora era el dueño de una hacienda tan grande que su caballo no podía recorrerla en una sola jornada. Era rico,

muy rico, y pronto vendría a buscarla para llevarla con él. Tan sólo había que esperar a que estuviera terminada su nueva casa, una casa con muchas habitaciones y numerosos criados uno de los cuales incluso era negro. Visitación guardaba con ilusión todas las cartas que recibía aguardando anhelante el momento en el que por fin podría reunirse con su amado.

Ese día nunca habría de llegar. Ahora Visitación estaba muerta, y Juan no necesitaría robar más cartas olvidadas ni tendría que forzar su limitada inventiva imaginando más historias del rico hacendado Pablo. Pero sabía que la anciana había muerto feliz, y esto le bastaba para convencerse de que aquellas cartas, mudos testigos de frustradas ilusiones, habían podido al fin cumplir con una misión.

Ha pasado el tiempo. Visitación yace enterrada en una fosa común y Juan continúa apartado del servicio de reparto debido oficialmente a que por su edad era más conveniente que no saliera del edificio de Correos; sus jefes fueron benévolos con él, pero el reglamento le impidió tajantemente que continuara con su antiguo trabajo. El caso de las cartas olvidadas, como fuera bautizado por algún ingenioso inspector, reposa ahora olvidado en un polvoriento anaquel de algún anónimo juzgado. En la ciudad, al igual que siempre, la vida sigue.



## **EUTANASIA, S.A.**

La puerta no tenía nada especial y estaba pintada en un tono marrón claro que armonizaba con los colores también claros de la pared del pasillo. Sobre ella aparecía una placa dorada de forma rectangular en la cual, escrita con letras negras, podía leerse el siguiente rótulo:

### **FERNANDO ALSASUA OLIVENZA. ASESOR TÉCNICO**

Solamente unos pocos metros le separaban ya del objetivo final de su meditado plan, pero por vez primera en varios meses su voluntad flaqueó. Durante unos interminables segundos dudó entre seguir adelante o volverse sobre sus pasos, y quizá hubiera optado por esta última posibilidad de no haberse abierto de pronto la puerta del despacho.

Sintiendo que le daba un vuelco el corazón, el anciano observó cómo el ocupante del despacho, un hombre de mediana edad pulcramente vestido con un traje de tono gris claro, le cortaba toda posible retirada al dirigirse a él en un tono afectuoso pero firme.

-¿Don Francisco Ubanel?

-Sí, soy yo -titubeó el aludido-. ¿El señor Alsasua?

-En efecto -sonrió su interlocutor-. Pase. Le estaba esperando.

Juntos penetraron en el despacho, una amplia y diáfana estancia adornada con media docena de cuadros que reflejaban bucólicos paisajes primaverales. En las esquinas, según pudo observar el recién llegado, crecían en grandes macetones unas frondosas plantas que no llegó a identificar pero que en todo caso no le agradaron; nunca le habían gustado especialmente las plantas de interior.

Atendiendo a la invitación de su anfitrión el anciano atravesó con torpes y cohibidos pasos la enmoquetada sala sentándose rígidamente en el mismo borde de la silla que le fue asignada; el asesor técnico, por su parte se retrepó cómodamente en su propia butaca, al otro lado de la ordenada mesa.

-Póngase cómodo, señor Ubanel; deseo que nuestra conversación sea distendida. ¿Un cigarrillo? -preguntó con amabilidad al tiempo que le ofrecía abierta una artística tabaquera.

-No, gracias; hace mucho tiempo que dejé de... Pero supongo que nada de esto importa ya -musitó con amargura al tiempo que cogía un cigarrillo.

-No quisiera que usted intentara dar este paso sin tener antes la absoluta certeza de que desea hacerlo -comentó el ejecutivo al tiempo que le encendía el cigarro-. Quiero que comprenda que este punto es fundamental ya que, aunque cambiara usted de opinión, el paso dado sería irreversible.

Por segunda vez en pocos minutos Francisco Ubanel volvió a dudar. Sus gastados ojos repararon en el amplio ventanal que se abría frente a él a espaldas de su anfitrión. El sol, cercano ya a su ocaso, teñía con tintes cárdenos el dorado follaje otoñal del amplio y cuidado jardín que se extendía ante su vista. Moría un día y moría también un año; y él, que nunca había prestado demasiada atención a los símbolos, se sintió repentinamente indefenso. Pero recordó, recordó que nacería un nuevo día, que volvería una nueva primavera. Y ya no dudó; nunca más lo haría.

-Estoy decidido -respondió con firme, aunque temblorosa voz-. Sigamos adelante.

-Bien, si es así nada tengo que objetar -musitó el asesor adoptando una actitud condescendiente hija de su larga experiencia-. Permítame que le informe de las distintas opciones que ofrece nuestra compañía.

Repentinamente tranquilizado, el anciano se sentó más cómodamente en su silla al tiempo que observaba cómo su interlocutor sacaba un folleto lujosamente ilustrado del interior de uno de los cajones de su escritorio; en realidad, nada le importaba ya.

-Discúlpeme, pero me temo que he olvidado las gafas -mintió-. ¿Le importaría explicármelo?

-En absoluto -respondió sin inmutarse el ejecutivo-. Bien, disponemos en primer lugar del método habitual: una inyección letal indolora y prácticamente instantánea, acompañada por supuesto de todas las atenciones clínicas necesarias. Pero si lo prefiere podemos ofrecerle otras opciones; en esto nos diferenciamos de la Seguridad Social y de las compañías de la competencia.

-¿Cuáles son las otras... opciones? -preguntó morbosamente el anciano.

-Bien, hay quien prefiere otros métodos... Venenos clásicos o sobredosis de medicamentos, los cuales podemos suministrar tanto en nuestras clínicas como en el propio domicilio del cliente; y también, previo pago de un pequeño suplemento, estamos dispuestos a ofrecer prácticamente cualquier tipo de servicio especial siempre que no esté expresamente prohibido por la ley. Hay quien prefiere un tiro fulminante en el corazón o bien una estocada; le aseguro que contamos con los mejores especialistas en cada campo. Y si lo que desea es una muerte dramática, podemos gestionarle el lanzamiento desde el

edificio más alto de la ciudad o el acotamiento de una zona reservada para que usted pueda arrojar al tren sin que le moleste la presencia de curiosos. Además, estamos abiertos a cualquier otro deseo personal.

-Déjelo -interrumpió el jubilado-. Creo que lo mejor será una inyección.

-Como usted desee -concedió el agente al tiempo que recogía el folleto-. ¿Ha traído usted la póliza?

-Sí, aquí la tengo -respondió mientras sacaba del bolsillo interior de su chaqueta un papel cuidadosamente doblado-. Téngala.

-Veamos. Ocho años de cotización... Sí, le corresponde un servicio de clase C... Tarifa básica sin suplemento, por supuesto, pero usted no lo ha solicitado. Bien, señor Ubanel, la póliza está en orden. ¿Ha gestionado usted ya el resto de los documentos?

-Creo que sí. Tengo aquí los permisos judiciales, los certificados médicos y psiquiátricos, la copia del testamento y la declaración autógrafa autenticada por el departamento grafológico judicial.

-Parece que no falta nada -concluyó el asesor al tiempo que depositaba cuidadosamente los documentos sobre la mesa-. Muchas personas vienen aquí creyendo que nuestro trabajo se realiza a la buena de Dios... Pero estos trámites son necesarios por muy engorrosos que resulten. Una última pregunta -continuó-. ¿Qué motivos aduce para dar este paso? ¿Médicos? ¿O simplemente sociales?

-La edad, simplemente la edad -sonrió tristemente el anciano-. Tengo setenta y cinco años, arteriosclerosis progresiva y un principio de cataratas, sin contar con la guerra que de vez en cuando suelen darme los riñones. Mi esposa falleció hace cinco años y mis hijos están empeñados en meterme en un asilo. ¿Le parecen suficientes motivos?

-Nosotros nunca opinamos sobre las motivaciones de nuestros clientes -respondió diplomáticamente su interlocutor-. Simplemente las respetamos. Pero sí deseo informarle que, en el caso de que haya herederos directos, existen una serie de exigencias legales a la hora de disponer de sus bienes.

-¡Oh, no se preocupe por ello! Hace ya bastante tiempo que mis hijos son los dueños de mi dinero y de mi piso; se hicieron con ellos con subterfugios y chantajes. Pierda cuidado; en estos momentos tan sólo me pertenece legalmente la ropa que llevo puesta.

-Bien, si es así no habrá ningún problema. Pero aún nos queda una cuestión más. ¿Se va a hacer cargo alguien de su cuerpo?

-Nadie de mi familia sabe que estoy aquí, y no tengo la menor intención de comunicárselo. Pero tengo entendido que mi póliza me da derecho a una asistencia *post-mortem*.

-Sí, así es en el caso de que no existan familiares o que éstos no deseen hacerse cargo del cuerpo... Pero necesitará un anexo de la póliza.

-Ya está relleno -interrumpió Ubanel-. En él expreso mi deseo de que mi cuerpo sea incinerado y mis cenizas aventadas; no quiero lloros hipócritas en el día de los difuntos.

-Veo que ha venido usted preparado. Tan sólo me queda hacerle una última pregunta: ¿para cuándo desea que le apliquemos nuestros servicios?

-Por mi parte estoy preparado; lo antes posible.

-Si usted está dispuesto podemos atenderle incluso ahora mismo; nuestro servicio es permanente durante las veinticuatro horas del día.

-Adelante pues -respondió lacónicamente el anciano.

-Le ruego que espere un momento; he de avisar al servicio de guardia -le explicó su interlocutor al tiempo que pulsaba un botón de su intercomunicador.

Apenas cinco minutos después un robusto enfermero se presentaba a la puerta del despacho; había llegado la hora de la verdad. Tranquilo y sereno Francisco Ubanel se levantó de su asiento rechazando la solícita ayuda que se le ofrecía; quería llegar por sí mismo hasta el final. En el pasillo le esperaba una inmaculada silla de ruedas; intentó protestar aduciendo que no la necesitaba, pero le dijeron que esas eran las normas del centro. Instantes después se perdía de vista al final del pasillo; afuera caía la noche.

## EL CASO DEL CRIMEN PERFECTO

Era una gris y lluviosa tarde de invierno. Tanto Holmes como yo, encerrados en nuestras habitaciones de Baker Street, nos encontrábamos sumidos en nuestras propias cavilaciones ajenos por completo a todo lo que acontecía fuera de nuestro reducido entorno. Holmes revisaba en silencio un grueso y polvoriento legajo testigo de pasados casos mientras que yo permanecía enfrascado en la lectura de los periódicos del día acurrucado en mi asiento. Afuera, la lluvia entonaba su monocorde canción al tiempo que velaba con su espeso manto las cercanas fachadas de la acera opuesta.

A pesar de que mi lectura no pasaba de ser un somero repaso de los principales titulares del día, mi vista se fijó en una pequeña y discreta nota necrológica que daba fe del fallecimiento de uno de los más honorables miembros de la aristocracia londinense... Holmes me ha prohibido terminantemente revelar su nombre y yo me veo obligado a respetar su deseo como amigo y biógrafo suyo que soy; pero estoy convencido de no violar mi promesa si afirmo que se trataba de un conocido noble lejanamente emparentado con la propia casa real. Realmente comprendo sus reservas puesto que, de hacerse público el nombre del finado estallarían un escándalo de dimensiones imprevisibles y que, por lo tanto, conviene de todo punto evitar.

Pero volvamos al grano. Puesto que no pude evitar la tentación mostré a mi amigo el diario llamándole la atención sobre la nota al presumir que debía conocer a tan ilustre fallecido. No me equivoqué; Holmes leyó con interés, casi con fruición la necrológica al tiempo que su rostro perdía la habitual expresión de indiferencia pasando a mostrar un lánguido relajamiento que, en todos los años que llevábamos conviviendo, era la primera vez que veía.

-La justicia divina se ha cobrado al fin su tributo. -suspiró al cabo devolviéndome el periódico- Y a buen seguro que el veredicto será muy duro con este pobre desgraciado.

-¿Por qué dice usted esto? -le pregunté extrañado- Lord... era uno de los más honorables personajes de toda Inglaterra.

-Sí, efectivamente lo era. -respondió al fin dando una serie de rápidas chupadas a su pipa- Pero tenía una faceta oculta que sólo yo alcancé a conocer... Y que más me hubiera valido no haber llegado a saber nunca por cuanto que me supuso la mayor frustración de mi larga carrera.

-¿Cometió algún delito?

-Bastante más que eso; ha sido el criminal más perfecto de toda la historia de la humanidad.

-Me sorprende usted, y mucho -respondí incrédulo.

-También me sorprendí yo el día en que él mismo me lo reveló; tanto es así que juré guardar silencio mientras viviera. Usted es la primera persona a la que hago esta confesión, y probablemente será también la última. Y, por supuesto, de no haber mediado la muerte de nuestro personaje jamás hubiera oído esta historia de mis labios.

-¡Holmes! Eso que dice usted es muy serio.

-Lo es. -admitió taciturno- Pero en el fondo nada más deseo en este momento que liberar mi espíritu de una de las más pesadas losas que jamás han gravitado sobre mi conciencia. Por tal motivo, mi querido Watson, le ruego que oficie al menos por una vez de confidente y confesor de un alma atribulada que lleva ya muchos años arrastrando una dura responsabilidad capaz de abrumar el ánimo más templado.

-Soy todo oídos -concedí anonadado; nunca había visto tan contrito a mi flemático amigo, y la experiencia me resultaba incómoda y, casi casi, dolorosa.

-Ocurrió hace ya muchos años, bastante antes de que le conociera a usted. -tras exhalar un hondo suspiro a modo de desahogo, Holmes se había retrepado en su butaca al tiempo que comenzaba su insólito relato- Por aquel entonces yo era todavía un principiante, pero ya comenzaba a ser conocido en los círculos policiales. Un buen día, en el club, se acercó a mí lord... y me dijo con gran secreto que quería hablar conmigo acerca de un importante asunto. Quedamos citados para dos días más tarde en un pequeño pabellón de caza de su propiedad que estaba situado a las afueras de Londres, en un paraje montañés alejado varias millas del núcleo de población más cercano. Debía acudir completamente solo en un coche de alquiler y despedir al cochero una vez llegado a mi destino.

»Se trataba de un lugar tranquilo y solitario en el que pudimos hablar él y yo sin ser molestados puesto que ambos éramos los únicos ocupantes del pabellón; él había despedido también a su cochero y, en lo que respecta a la servidumbre, ésta había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. Tras los saludos de rigor mi ilustre anfitrión fue directamente al grano... Por cierto; -se interrumpió- usted sabrá sin duda que era un auténtico erudito en culturas y religiones antiguas.

-Cierto. -corroboré- Conozco un par de interesantes monografías suyas sobre los etruscos y la civilización minoica respectivamente.

-Efectivamente, ésas son las publicadas. -aprobó Holmes con una sonrisa- Pero existe además al menos media docena de obras inéditas a cada cual más interesante.

-Una lamentable pérdida, pues, la muerte de lord.... -remaché.

-Así es, Watson, así es. Pero volvamos a nuestro asunto. Lord... era un auténtico experto en sabiduría antigua y, como tal, había tenido acceso a un cúmulo de conocimientos ancestrales borrados del recuerdo de la humanidad quizá desde hace milenios.

-¿No irá a decirme que...?

-¡Oh, no! Descarte sus temores. -me interrumpió mi amigo con un gesto de desagrado en su afilado rostro- No se trata de nada relacionado con magia, ocultismo o astrología... Eso -y juraría que pronunció el pronombre con repugnancia- no es científico; y yo siempre trabajo utilizando el método científico.

-Luego entonces...

Durante un momento Holmes me miró fijamente taladrándome con sus penetrantes ojos. Juro que no era mi conocido amigo sino otra persona muy distinta la que en estos momentos se dirigía a mí; por fin, concluyó esta interminable pausa continuando con su conversación como si hablara del tiempo.

-Nuestro personaje había estudiado a conciencia todo lo que pudo encontrar, que realmente fue bastante, acerca de las religiones ancestrales y, en especial, sobre un curioso culto al Mal que floreció en nuestro planeta hace ya muchos milenios. De hecho, y de una manera platónica pero no por ello menos real, él era un adepto secreto del mismo, el último creyente por cierto de esta antiquísima y extinta religión.

-Me está usted hablando de un rito satánico...

-No, Watson, no es lo que usted está pensando. Nada de vudú ni de aquelarres, nada de rendir adoración al demonio; esto sí iba en serio.

-Le ruego que me lo explique con más claridad; no acabo de distinguir la diferencia que usted pretende establecer.

-Pues existe, y es fundamental. ¿Ha oído usted hablar de la secta musulmana de los *asesinos*?

-Sí, claro, supongo que se refiere a esos fanáticos persas que hicieron del asesinato poco menos que un arte.

-En efecto, a ellos me refería. Aquí tiene usted un ejemplo, no por trágico menos real, de cómo una actividad criminal puede ser convertida en algo ritual y, dentro de las normas de esa sociedad en particular, respetable. Pero los *asesinos*, con todo su virtuosismo

homicida, nunca pasaron de practicar un mal con minúsculas; y, aunque sirvan como ejemplo, no dejan de ser un pálido reflejo del Mal con mayúsculas que practicaba fervorosamente nuestro finado.

-Nunca en mi vida he oído hablar de esta antirreligión.

-¿Y por qué *anti*? ¿No cree usted que el reverso de la moneda puede llegar a ser tan válido como el anverso? ¿Qué son el Bien y el Mal salvo convencionalismos culturales muchas veces impuestos por las castas gobernantes a despecho de la voluntad de los gobernados?

-Esto no contesta a mi pregunta. -respondí amoscado.

-Bien, tiene usted razón. -concedió- Vayamos al grano. En realidad, más que de una religión se trataba de una sociedad secreta cuyos miembros se entregaban a una especie de epicureísmo del Mal. Eran, pues, unos virtuosos del pecado que entendían el culto al mal como el camino hacia una santidad opuesta a la que propugna la moral imperante. Como decían ellos no ser bueno es muy fácil, pero ser malvado de verdad es tan difícil como ser un santo... Y conforme a estas premisas se comportaban, siempre actuando dentro del más riguroso de los incógnitos.

-Pero lord.... llevaba una vida intachable, aquí sí que no puedo estar de acuerdo con usted; su vida pública era sobradamente conocida y nunca hubiera podido desarrollar estas actividades por muy en secreto que lo hubiera querido hacer sin que tarde o temprano se hubiera sabido.

-La llevaba, y esto no supone la menor contradicción; ocurre que nuestro amigo era fundamentalmente un teórico que jamás llevaba a la práctica sus convicciones religiosas; bueno, salvo en un único caso que es el que ha provocado nuestra disquisición.

-Un crimen, supongo.

-Efectivamente. Lord...., que como usted sabe murió soltero, tuvo unos amoríos en su juventud que se saldaron de una manera más bien desagradable; uno de sus mejores amigos, el conde de...., le robó la novia y poco después se casó con ella. Nuestro personaje nunca se lo perdonó a ninguno de los dos; pero, lejos de precipitarse, prefirió reservar su venganza para más adelante, cuando llegara el momento preciso.

-Espere un momento. -le interrumpí- Creo recordar que el conde de.... y su esposa fallecieron años más tarde en circunstancias trágicas.

-Siete años después; casi ocho para ser más exactos. -puntualizó Holmes- Era el día de Año Nuevo cuando la doncella descubrió los cuerpos bárbaramente mutilados de los esposos. La prensa habló del caso durante meses, pero nadie supo nunca qué fue lo que



ocurrió aquella nochevieja; nadie, ni tan siquiera la policía que al final tuvo que archivar el caso al no haber podido encontrar la menor pista que pudiera conducir hasta el culpable, un asesino que vio cómo su crimen quedaba impune.

-¿Lord.... un asesino?

-En efecto, mi querido Watson. El despecho le empujó a llevar a la práctica unos conocimientos de los que hasta entonces se había limitado a disfrutar intelectualmente. Cometió un crimen perfecto para vengar su antigua afrenta, un crimen que nadie supo que había realizado hasta que él mismo me lo confesó.

-¿Por qué lo hizo? ¿Estaba arrepentido de su acción?

-¿Arrepentido? -se sorprendió Holmes- ¡Oh, no, al contrario! Se sentía orgulloso de su maestría.

-Pues entonces no lo entiendo. -mascullé desconcertado.

-Elemental, mi querido amigo. Lord.... había hecho del delito un arte, y gozaba con su creación como lo hace cualquier artista. Pero... ¿Quién había para reconocer su maestría? Al transcurrir el tiempo desde que tuvo lugar el asesinato su orgullo de criminal comenzó a escocerle.

-Pero eso ocurriría siempre que uno de estos adeptos cometiera un acto criminal... Usted ha dicho que actuaban como una sociedad secreta.

-Sí, así era mientras que esta iglesia funcionó como tal; era la propia secta la única que conocía las actividades de sus miembros, la única que los felicitaba por sus *hazañas* y la única también que reconocía sus méritos... Lo que bastaba a los adeptos. Pero lord.... estaba solo, era el último de esta casta; y no tenía a nadie que pudiera reconocer sus pretendidos méritos.

-Pudo haberse entregado a la policía.

-No. Según sus particulares dogmas esto hubiera supuesto una deshonra. A decir verdad, se trataba de una situación que jamás se había planteado antes, por lo que no estaba recogida en los textos sagrados de la secta. Lord.... se vio obligado a decidir sobre la marcha y acabó autodelatándose no ante la policía sino ante mí, ya que vio en mí -y al decir esto los ojos de Holmes brillaban como carbones al rojo- al mejor investigador de toda Inglaterra.

»Me propuso que, partiendo de su confesión, yo buscara alguna prueba que permitiera demostrar fehacientemente su culpabilidad; de no ser así, yo habría incurrido en el más absoluto de los descréditos al acusar de un crimen atroz a uno de los más honorables

miembros de la nobleza británica; sería en definitiva una partida de ajedrez entre dos de las mentes más preclaras de la isla, él y yo. Así, tanto si triunfaba como si fracasaba su orgullo de criminal quedaría incólume.

-¿Aceptó usted?

-Dudé mucho. Por un lado era todo un reto para mí, el broche de oro de mi carrera; por otro, mi conciencia no podía admitir que colaborase de esa manera con un criminal.

-Y rehusó.

-En efecto. -respondió mi amigo con expresión ausente- ¿Sabe usted? Después de mucho meditar llegué a la conclusión de que, dadas las circunstancias, el mayor castigo para lord... no sería la detención, sino el silencio. Decidí callar y hacer que nunca se supiera que él había cometido ese crimen, que no pudiera en definitiva presumir de su capacidad de hacer el mal; ésta sería su mejor condena terrena, y por lo que yo sé se llevó el secreto a su tumba. En cuanto a la justicia divina... -suspiró- Bien, lo que tuviera que ser ya habrá sido.

Había terminado el relato de mi amigo, y yo comprendí que era mejor respetar su silencio. Afuera, continuaba lloviendo.

## RUFINA

Rufina García López no debía su nombre a ninguna casualidad, sino a la bien prosaica circunstancia de haber venido a este mundo un 19 de julio de hacía ya bastantes años; sus padres, respetando la tradición secular que imperaba en su tierra, habían decidido bautizarla con el nombre de una de las dos santas patronas de Sevilla cuya onomástica se celebraba precisamente en aquella fecha. Ciertamente que había nombres peores; al fin y al cabo, ella había podido recurrir al socorrido diminutivo familiar de *Rufi*, al menos mientras su horizonte tuvo por todo límite la cercana alameda que separaba -en todos los sentidos- su pueblo de la vecina localidad que se encontraba tras ella.

Cosa distinta había sido cuando, a sus veinte años recién cumplidos, Rufina decidió repentinamente cambiar de aires. La vida en el pueblo era realmente frustrante incluso para alguien que, como ella, jamás se había aventurado algunos kilómetros más allá del caserío; y es que, aunque Rufi nunca llegó a demostrar unas inquietudes superiores a las requeridas para ser una aceptable ama de casa en un perdido poblachón de la mitad meridional de España, no por ello dejó de apreciar claramente que los mozos que partían del pueblo para cumplir el servicio militar, o bien no volvían ya salvo de visita o, si lo hacían, llegaban tan cambiados que poco o nada podía hacer la ingenua y casadera Rufina por atraerlos con sus limitadas y pueblerinas mañas.

Por si fuera poco, su situación familiar distaba mucho de ser halagüeña: Fallecido su padre dos años atrás y siendo ella la tercera de siete hermanos (la segunda chica y la primera soltera), poco podía hacer no ya por contribuir al sostenimiento de la frágil economía familiar, sino siquiera a su propia subsistencia. Así pues, cuando su hermano mayor volvió licenciado del servicio militar contando maravillas de la capital, esa capital que Rufina jamás había llegado a visitar, ésta le preguntó acerca de la posibilidad de colocarse a servir en la casa de alguna familia necesitada de lo que entonces todavía se llamaba *criada*.

Su hermano tenía contactos con antiguos compañeros de cuartel, algunos de los cuales (¿quién dijo que el Ejército era clasista?) provenían de familias de clase acomodada. Recurriendo a ellos antes de que el tiempo se encargara de enfriar estas efímeras amistades, ambos hermanos pudieron llegar al fin a un acuerdo con los padres de un tal Joaquinito Rubio, un chico muy listo que había sido cabo furriel en la compañía del hermano de Rufi y que ahora, retornado a la vida civil, estudiaba en Madrid para ser abogado como su padre. Casualmente su criada se había despedido hacía apenas un mes para casarse con un viajante de comercio, y desde entonces sus padres habían estado buscando una sustituta. Sí, cierto que había muchas donde escoger... Pero ellos querían alguien de confianza. Con Rufi no

había problema; Joaquinito conocía bien a su hermano y medió ante sus padres hasta conseguir que fuera precisamente ella la elegida.

Hay circunstancias que suponen un cambio transcendental en la vida de las personas, y esto fue precisamente lo que le ocurrió a Rufi. Años más tarde recordaría nítidamente la escena con una mezcla de compasión y nostalgia: La vieja maleta repleta con sus escasos enseres, su familia despidiéndola -principalmente su madre- con lágrimas en los ojos, su hermano acompañándola en éste su primer viaje digno de tal nombre, el Tío Colás sentado pacientemente en el pescante de su destartado carro, único vehículo disponible en el pueblo para llegar hasta la más cercana -cuarenta kilómetros- estación de ferrocarril...

Y luego el tren, un traqueteante y lento correo que habría de parecerle a la ingenua Rufi -que viajaba, por supuesto, en tercera- el sùmmum de la modernidad. Ella, que hasta entonces sólo había montado en borrica y, excepcionalmente, en el carro del Tío Colás, se sentía ahora transportada en las rápidas alas -bastante duras, eso era cierto- del mismo viento.

La llegada a la capital, una pequeña población enquistada en pretéritas centurias y que, como tal, gozaba de casi todos los vicios y carecía de la práctica totalidad de las presuntas virtudes que siempre se les han supuesto a las cabeceras provinciales, supuso no obstante para la intrépida viajera la más excitante de las experiencias jamás disfrutadas a lo largo de su hasta entonces anodina vida. Todo era nuevo para ella: Los automóviles -escasos, pero existentes- el bullicio relativo de las calles, los modestos escaparates de las tiendas... Todo, en suma, aunque sin duda su mayor impresión vino dada por el viaje en coche -el primero de toda su vida- con que le obsequiaron sus nuevos señores que, gentilmente, habían ido a recogerlos a la estación.

Y de allí a la casa, un auténtico palacio para una atribulada Rufi que descubría, también por vez primera, lujos asiáticos tales como un cuarto de baño completo o, simplemente, una calefacción central. Por lo demás, los señores de Rubio resultaron ser tremendamente cariñosos y comprensivos esforzándose además en intentar romper un hielo que no existía más que en la obnubilada mente de la pobre Rufi. Su tarea, le explicaron, sería sencilla y descansada, pues el matrimonio vivía solo en la casa excepto cuando Joaquinito, hijo único por cierto, volvía de vacaciones a la casa paterna. En cuanto a sueldo y condiciones de trabajo, algo que a Rufi no se le hubiera ocurrido siquiera discutir, suponían ambos tal mejora con respecto a las míseras condiciones de vida del recién abandonado pueblo, que semejaban de hecho ser lo más parecido a Jauja para alguien acostumbrado a trabajar de sol a sol sin más remuneración -cuando la había- que una insuficiente pitanza.

Pasaron los meses y Rufi se fue acostumbrando poco a poco a su nueva vida con esa facilidad que proporcionan los tránsitos de peor a mejor. Acostumbrada a las rudas tareas

del campo, sus obligaciones como criada no podían parecerle sino un descansado regalo; y, por lo demás, sus señores la trataban si no como a una hija -eso hubiera sido impensable para el rancio matrimonio- sí como a una allegada, lo cual revestía especial importancia para la pobre muchacha, habituada como estaba a unas relaciones humanas mucho menos sofisticadas y agradables.

Y al fin llegó el verano, y con él vino a la casa Joaquinito, el hijo de los señores, recién acabado con más pena que gloria el curso correspondiente a sus estudios de derecho; y, aunque Rufi ni siquiera lo sospechaba entonces, fue allí donde comenzó su calvario, un calvario precedido por una fugaz y a la postre amarga felicidad. Joaquinito era amable y simpático, y siempre bromeaba con ella tratándola con una familiaridad de la que jamás habían hecho gala sus padres. Rufi, por su parte, era joven e inexperta y... Bien, ocurrió lo que tantas veces se ha relatado de las relaciones entre el señorito y la criada. Lamentablemente, Rufi tuvo la mala suerte de quedar embarazada a los pocos meses de iniciado su secreto romance; lo que le sirvió para abrirle los ojos ante el mundo de una manera tan cruel como efectiva.

Joaquinito, tan dulce y cariñoso hasta entonces, se reveló como una persona completamente distinta a la que ella había conocido hasta ese mismo momento: Hosco hasta la desesperación, se negó a compartir con Rufi un *problema* que, según él, era exclusivamente suyo; además, él tenía que volver a Madrid para continuar con sus estudios de derecho, por lo que ni tan siquiera podía retrasar en unos días su marcha. Ella era mujer, y se suponía que las mujeres sabían cómo solucionar estas cosas; además, añadió por último para desesperación de la atribulada Rufi, ¿cómo podía saber él que el fruto del pecado era suyo y no de otro?

Peor aún fue la reacción de sus señores, los padres de Joaquinito; no tan brusca, quizá, como la de su malogrado amante, pero sin duda mucho más cruel incluso para una sensibilidad tan embotada por la falta de uso como era la de Rufi. A la inicial incredulidad dio paso un monumental soponcio de la señora continuado automáticamente por una explosión de ira fría por parte del señor. Ciertamente que Rufi apenas se enteró de buena parte de los sutiles conceptos que emplearon sus educados señores, pero la esencia del tema estaba clara: No sólo habían llegado a la conclusión de que Rufi mentía descaradamente (el felón de Joaquinito, huelga decirlo, había puesto a todos los santos por testigos de su inocencia al ser llamado a capítulo por sus severos padres), sino que también dedujeron en buena lógica que la moza, además de deshonesto, pretendía sacar partido de sus propias flaquezas a costa de un ingenuo y casto joven y de su intachable familia.

Estaba en juego, pues, algo tan importante como la propia e impoluta honra de la casa, lo más sagrado de entre todo el importante surtido de valores cristianos de que gozaba la misma. La cuestión era muy seria, tan seria que sólo disponía de una única solución: La marcha voluntaria de la pecadora a un lugar lo suficientemente alejado como para impedir

la mancilla de la casa. Y, aunque a Rufi esto le sonaba a expulsión inmediata, no le cupo otra solución que la de acatar el veredicto puesto que, a cada protesta suya, se incrementaban proporcionalmente el disgusto de la señora y la gelidez de su esposo. Un sexto sentido le advertía de la conveniencia de guardar silencio y aceptar un castigo que ella estaba razonablemente segura de no merecer, por lo que a la postre capituló sin condiciones a la espera de algún gesto de magnanimidad por parte de sus jueces y censores.

Y el gesto llegó. Claro que éstos no podían volverse atrás en su veredicto, eso tenía que comprenderlo, pero dado que una de las más preciadas virtudes cristianas era la del arrepentimiento y Rufi había dado evidentes muestras de contrición, harían todo lo posible por suavizar la precaria situación económica en que quedaba su antigua criada no tanto por ella sino por el inocente fruto del pecado que habría de nacer meses después. Eso sí, con la ineludible condición de que Rufi jurara solemnemente no volver a poner los pies en aquella casa ni intentara molestar a ninguno de sus habitantes, en especial al pobre Joaquinito que bastante tenía ya con sus dificultosos estudios.

Así fue como Rufi se vio de pronto de patitas en la calle sin mas bagaje que su modesto equipaje, una regular cantidad de dinero en el banco y una nueva vida pugnando por crecer en su vientre. Podía ser ingenua e inexperta, pero en modo alguno cabía tacharla de cobarde; así que, afrontando con entereza la penosa cuesta arriba en la que repentinamente se había transformado su vida, decidió dejarse llevar por el más fuerte de todos los instintos heredados por la humanidad de sus antepasados animales: el de supervivencia.

Sin embargo, no todo iba a ser tan fácil como pensaba. La ciudad era pequeña, y los círculos de amistades en los que se había movido (fundamentalmente criadas como ella) eran un hervidero de cotilleos en los que se despellejaba inmisericordemente, y no por cierto de una manera puramente metafórica, a todo aquél que tenía la mala suerte de caer en desgracia. Huelga decir que la pobre Rufi fue elegida rápidamente como víctima propiciatoria por parte de sus antiguas amigas, hasta el punto que se vio obligada a huir de aquellas arpías que hubieran gozado probablemente de haber podido arrancarle los ojos.

No le quedaba, pues, otro remedio que volver a su pueblo, y hacia allí encaminó sus pasos para encontrarse tan sólo con una nueva decepción: Las dos únicas personas que hubieran podido ayudarle a superar su difícil trance no estaban ya en disposición de hacerlo. Con su madre postrada en cama aguardando pacientemente la muerte y su hermano mayor recién emigrado a Europa, Rufi vio cómo sus últimas esperanzas se derrumbaban sin remedio mientras que el resto de los miembros de su numerosa familia, hermanos incluidos, la miraban no ya como a una intrusa sino como a una cualquiera.

Humillada como nunca creyó que pudiera llegar a estarlo, Rufi huyó de aquel pueblo maldito buscando, si no la salvación si al menos el descanso del olvido, en el único lugar

que le parecía maravilloso aún cuando sólo lo conocía por referencias vagas e indirectas: Madrid, la mítica capital de España que a ella se le antojaba en aquel momento como el sùmmum de la prosperidad. Y, cuando se apeó de un vagón de tercera en la para ella inmensa estación de Atocha, ignoraba por completo que no hacía sino seguir los pasos de todas aquellas infortunadas chicas de provincias que, deseando rehacer sus vidas o simplemente encarrillarlas en pos de un futuro mejor, tan sólo habían conseguido hundirse en la vorágine devoradora de la gran e inhumana metrópoli. Aunque aún lo desconocía, su calvario, lejos de concluir, no había hecho sino comenzar.

Esta etapa de su vida habría de ser tan convencional, aunque ella entonces no lo sabía, que bastaría con unas breves pinceladas para reflejarla. Alojada en una mísera -pero barata- pensión situada no demasiado lejos de la estación de Atocha, Rufina se preparó para afrontar los dos problemas que le acuciaban en aquel momento: La búsqueda de un trabajo con el que ganarse la vida, y la preparación para un parto que cada vez se presentaba más próximo. Ninguna de las dos cosas se presentaban como fáciles: Rufina no sabía sino servir, y su ya evidente embarazo no le facilitaba precisamente las cosas en una ciudad que, aunque grande, continuaba siendo extremadamente puritana al menos en los círculos sociales en los que se podía encontrar una colocación de este tipo.

Pasados varios meses la situación comenzó a agravarse preocupantemente. Sus ahorros, aún sumados al dinero proporcionado por sus antiguos señores, no alcanzarían a durar demasiado máxime teniendo en cuenta el gasto adicional que le producirían tanto el parto como la posterior crianza de su hijo. Y lo peor de todo, era que cada vez veía más claramente la dificultad de encontrar trabajo en sus circunstancias particulares. Maldijo a su seductor, y maldijo también al fruto que llevaba en sus entrañas; pero esto no le solucionó su problema.

Por una ironía del destino el parto coincidió con la desaparición de sus últimos ahorros. Y, cuando volvió a la pensión que era su único hogar con su hijo recién nacido como único patrimonio, se encontró con un nuevo dilema, el de pagar comida y alojamiento con un dinero del que carecía por completo. El dueño del establecimiento se mostró comprensivo, pero al mismo tiempo inflexible: Sí, comprendía perfectamente su problema y le gustaría ayudarla, pero había que tener en cuenta que su negocio apenas le daba para vivir y que no podía permitirse el lujo de regalar cama y comida siquiera a una sola persona. Claro que, bien pensado, si ella quisiera quizá podrían llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

Aun con toda su repugnancia, Rufina aceptó. ¿Qué otro remedio le quedaba? Al fin y al cabo, el dueño de la pensión no era muy exigente y se conformaba con poco; y ella, por su parte, tenía así garantizados tanto el alojamiento como la manutención. Tarde o temprano conseguiría un trabajo y podría acabar con esta humillación no por necesaria menos desagradable.

Pero pasaron los meses y Rufina siguió sin encontrar el tan deseado trabajo. Un buen día, su patrono le sugirió que le hiciera un *favorcillo* a un amigo suyo que se encontraba muy alicaído; la recompensa era substanciosa y en metálico, y Rufina acabó aceptando no por ella, como se repetía una y otra vez, sino por su hijo, que arrastraba desde hacía tiempo una infección para la que los médicos le recetaban un caro antibiótico.

Semanas después fue otro *amigo* el que requirió sus servicios previo pago también en metálico. Y, aunque su hijo ya había sido curado con el antibiótico, Rufina no pudo decir que no; era tan poco lo que le pedían, y tanta la recompensa...

Pasados algunos años, Rufina no se planteaba ya el menor escrúpulo a la hora de ganarse la vida. Al fin y al cabo había encontrado *trabajo*, un trabajo que le rendía mucho más dinero del que jamás hubiera podido ganar sirviendo de criada en una casa cualquiera de Madrid y, ciertamente, de una manera mucho más cómoda una vez que se prescindía de los aspectos morales. Su hijo vivía aceptablemente bien gracias al mismo y, por encima de todo, esto era lo más importante.

No, no se puede decir que Rufina tuviera el menor interés en cambiar de vida, aunque sí que se planteó seriamente el mejorarla. No había tardado mucho en descubrir que dentro de ese opaco mundo había muchos niveles y ella, que se había visto forzada a comenzar por el escalón más bajo, intentó desde el mismo momento en que pudo subir todos los peldaños posibles. Así, su primera decisión en este sentido fue la de emanciparse de su primer chulo, el dueño de la pensión, cosa que realizó al tiempo que buscaba otro alojamiento más acorde con su nuevo estado social. Inteligencia no le faltaba a la buena de Rufi y belleza corporal tampoco, por lo que no le fue demasiado difícil comenzar a escoger a sus clientes a partir de clases sociales más selectas que aquéllas a las que pertenecían los pobres miserables que habían marcado sus primeros pasos dentro de su ya definitiva *profesión*.

Quien la hubiera conocido en sus años de moza casadera en el pueblo, quien la hubiera tratado más tarde durante su etapa de criada provinciana, no la asociaría sin duda con la refinada profesional en que se había convertido Rufi (su diminutivo familiar, ahora convertido en nombre de guerra) en el plazo de tan sólo unos años. Y, ciertamente, tan sólo el inconveniente de carecer de todo tipo de estudios le había impedido ascender a lo más alto de la cúpula de su *profesión*; dicen que todas las personas nacemos con un conjunto de aptitudes personales que sólo en algunos casos pueden llegar a verse cristalizadas y reflejadas en forma de éxito social o simplemente profesional; y, aunque quede mal decirlo, era evidente que Rufi había nacido para ello.

Únicamente una cosa, ciertamente importante, había venido a perturbar su vida: la muerte de su hijo, apenas a los tres años de edad, víctima de una tuberculosis que los médicos no supieron atajar a tiempo. Irónicamente, el obstáculo que le había impedido



retornar a su anodino trabajo de criada había desaparecido en un momento en el que Rufi tenía completamente claro que jamás volvería a ser criada de nadie... Pero así eran las cosas, y así había que tomarlas.

Por lo demás, Rufi fue labrándose poco a poco un nombre en el difícil y subterráneo mundo por el que había acabado moviéndose, todo hay que reconocerlo, como un pez en el agua. Sin llegar a la sofisticación exquisita que sólo quedaba al alcance de unas cuantas elegidas, Rufi hacía mucho que había abandonado el sórdido mundo de las esquinas y los chulos patibularios para alcanzar un cómodo estatus en el que su clientela, procedente fundamentalmente de la clase media o media acomodada, nunca llegaba a faltarle ni nunca le abrumaba a causa de lo elevado de su número. En definitiva: Prescindiendo de prejuicios hipócritas que hacía mucho que ella había abandonado, Rufi vivía francamente bien.

Allá por la segunda mitad de los años setenta, justo después del fallecimiento de Franco, la apertura moral y de costumbres que acompañó a la llamada *transición política* tendría lugar un cambio radical en la vida de la buena de Rufina. Tímidamente al principio y de una manera más decidida después, comenzaron a aparecer los primeros productos de una industria erótica que era por primera vez legal en España después de varias décadas de rigurosa (e hipócrita) censura. Rufi, que había alcanzado ya esa edad que los hombres califican de *madurita* y que comenzaba a sufrir seriamente la competencia de sus colegas más jóvenes, vio rápidamente cómo esta nueva puerta que se le abría podría llegar a suponer una nueva etapa de jugosos y cómodos ingresos sin, como quien dice, tener que mover un solo dedo; así que, imbuida por la audacia de los precursores, no se lo pensó dos veces y se fue a entrevistar con el director de una publicación entonces recién fundada.

Fue aceptada, y muy pronto su cuerpo desnudo y sensual dejó de ser privilegio de unos pocos para pasar a ser gozado, siquiera visualmente, por decenas, quizá centenares de miles de españoles. Su éxito fue rotundo, lo que sumado al auge que experimentaba un sector desbordado completamente por el hambre de sexo que embargaba entonces a nuestro país, convirtió rápidamente a la sagaz Rufi en una estrella del naciente erotismo español. Revistas y películas, aún las más osadas, dieron cobijo en sus páginas y en sus fotogramas a una desinhibida Rufina para la que tan sólo existía un límite que aplicaba a rajatabla: El buen gusto, ese concepto tan resbaladizo y sutil que no obstante marca nítidamente la frontera que separa al arte de la burda grosería.

Pero, como suele ocurrir en casi todos los casos, pasados algunos años le comenzó a resultar extremadamente difícil continuar manteniéndose en la cresta de la ola. ¿Las razones? En primer lugar, el sarampión erótico comenzó a remitir tras los primeros años de euforia; muchas revistas comenzaron a cerrar y otras, las más, se pasaron con armas y bagajes a la pornografía más soez buscando desesperadamente a su público entre las capas más vulgares de la población masculina. Las revistas de calidad, por último, eran en su mayor parte propiedad de cadenas multinacionales e importaban directamente el material

gráfico de sus casas matrices radicadas en otros países; y en cuanto al cine, la situación era aún peor.

Si a todo esto sumamos el hecho de que los gustos de la gente digamos, corriente, se enfocaron a su vez bien hacia la morbosa contemplación de actrices y cantantes famosas (aunque sesentonas y celulíticas la mayor parte de ellas, bien hacia jovencitas lozanas de dieciocho o veinte primaveras (con las cuales, hay que reconocerlo, a su edad le era ya casi imposible competir), no será muy difícil llegar a la conclusión de que a la pobre Rufina le urgía, una vez más, replantearse de nuevo su actividad profesional.

Su salvación estuvo en esa ocasión en el mundo del espectáculo, mucho menos sacudido por los vaivenes de la moda que el errático mercado del cine o las publicaciones gráficas. Aunque cuarentona estaba todavía de buen ver, y no era lo mismo posar para una revista (eso lo hacía cualquiera con un mínimo de *encantos* físicos) que actuar en directo delante del público; ciertamente, esto último no estaba al alcance de cualquiera, lo que le suponía un respiro importante.

No le resultó nada difícil ser contratada por el empresario de un pequeño teatro especializado en espectáculos *picantes*; aunque para este trabajo no se requerían unas especiales dotes dramáticas, sí era necesaria una cierta dosis de tablas, requisito que Rufi cumplía a la perfección; además hasta cantaba, ni mejor ni peor que tantas y tantas aspirantes a estrellas del disco que pululaban por ahí con tantas ínfulas como desvergüenza... Rufi, al menos, cobraba un precio razonable, sabía desenvolverse aceptablemente en el escenario y, lo que era más importante, era perfectamente capaz de encandilar a los espectadores. Pasadas brillantemente las pruebas a las que fue sometida, la veterana cortesana comenzó un nuevo capítulo de su carrera esta vez como *actriz* de espectáculos eróticos.

En contra de lo que pudiera pensarse, Rufi desempeñó brillantemente su cometido combinando sabiamente el atrevimiento con el buen gusto, mezcla poco habitual en estos ambientes y en la que volvió a estribar, de nuevo, su fulgurante éxito. Apenas unos meses después, pudo permitirse el lujo de rescindir el contrato que le ligaba a la sala de espectáculos merced a la tentadora oferta que le hicieron los responsables de un local mucho más importante y encopetado. La fortuna le sonreía una vez más, pero Rufi sabía que la azarosa profesión que en día ya lejano se había visto obligada a aceptar nunca le podría garantizar una vejez tranquila y sin sobresaltos; tenía, pues, que considerar que el futuro, tarde o temprano, vendría a negarle todo lo que ahora generosamente le ofrecía. Cierto que tenía ahorros razonablemente bien invertidos, pero quién sabía lo que podría acontecerle el día de mañana.

Y aconteció. Poco a poco, no de una manera brusca sino en forma de suave declive, pero llegó. Al fin y al cabo Rufi no era de ayer, y la sombra de los cincuenta comenzó a

planear amenazadoramente sobre ella. Ciertamente que se conservaba magníficamente para su edad, pero la lozanía de los veinte y aun la madurez de los treinta, quedaban ya muy, pero que muy lejos del horizonte de Rufi. Sí, contaba con toda su experiencia y con todo su buen hacer, pero llegó al fin un momento, al cabo de varios años, en el que en su balanza particular el debe rebasó por primera vez al haber.

Fue entonces cuando comenzó su lento, pero ya irreversible declive. Un buen día, le comunicaron que no podían renovar el contrato... Tenía que hacerse cargo; el espectáculo iba a menos, el empresario a duras penas conseguía enjugar los gastos y... Deseaba una renovación, para lo cual había contratado a una pareja de jovencitos (ambos varones, cuanto menos genéticamente) que prometían ser la sensación del año. Él lo sentía mucho, estaba muy satisfecho de su relación profesional a lo largo de todos estos años, pero le gustaría que se diera cuenta de que...

Rufi se vio en la calle, pero no por mucho tiempo aunque, eso sí, tuvo que aceptar el descenso de unos peldaños en su hasta entonces impecable carrera profesional. Su nuevo teatro no era tan elegante, ni los asistentes al mismo tan exquisitos, pero era un trabajo al fin y al cabo y eso era lo único que importaba en estos momentos de declive. Sus ganancias eran sustancialmente menores y su orgullo herido le escocía como si estuviera en carne viva, pero al fin y al cabo significaba comida aunque sus habituales exigencias relativas al buen gusto se vieron forzadas a una drástica limitación.

¡Qué se le iba a hacer! Así tiró algún tiempo hasta que, de nuevo, vio aparecer ante ella el fantasma del rechazo. Las palabras fueron distintas, más burdas en esta ocasión, pero por ello muy diferentes en sentido de las anteriores: Tenía que irse dado que ya no interesaba al público... Y se fue.

En esta ocasión se tomó algún tiempo de descanso, principalmente buscando evaluar las posibilidades que le brindaba el futuro. Sus ahorros le podían permitir un retiro digno, pero apurado; y ella, ciertamente, no se sentía tan vieja, amén de que se había acostumbrado a un nivel de vida al que no deseaba en modo alguno renunciar. Tenía que continuar, siquiera durante algunos años... Y continuó, si bien a costa de rebajar aún más sus exigencias hasta recalar en un infecto cafeticho de un barrio de no muy buena reputación; pero algo era mejor que nada, y esto le permitiría si no ahorrar (el dinero que la ofrecieron no daba para tanto), sí no gastar sus ahorros reservándolos para su inevitable jubilación.

Ciertamente que sus pretensiones artísticas se habían ido definitivamente al garete; su nuevo público era de trama gruesa y exigía de ella cosas que, si bien no la sonrojaban (sólo faltaba eso a estas alturas), sí que le desagradaban profundamente. Qué se le iba a hacer. Lo importante, por encima de todo, era comer; y aún podía darse por contenta si se comparaba con otras compañeras de *profesión* de su edad que no habían conseguido pasar jamás de la

etapa callejera y que ahora arrastraban sus ajadas carnes por los más sórdidos barrios de la ciudad. Ella podía darse aún por privilegiada, y era plenamente consciente de ello; pero, no obstante, le resultaba enormemente difícil aceptar su declive cuando no mucho antes se había visto alzada en la cresta de la ola.

Sin embargo, lo peor de todo era la incapacidad real que tenía de satisfacer a sus groseros espectadores; cierto que sabía perfectamente lo que estos pedían; al fin y al cabo, era lo mismo que le andaba machacando todos los días el pelmazo del empresario. Y no es que le importara lo más mínimo desde el punto de vista del pudor; hacía muchos años que lo había perdido. Pero le sublevaba tener que renunciar a su sofisticado arte en beneficio de unas zafias exhibiciones que tenían mucho más de alarde anatómico que de elegante erotismo. Además, llegaba un momento en el que ya no sabía realmente qué hacer; ya no le quedaba nada más que *enseñar*, salvo que se diera la vuelta como un guante para mostrar sus propios entresijos al modo de las holoturias, esos parientes sin brazos de las estrellas de mar que cuando se sienten atacados expulsan los intestinos por la boca para librarse de sus enemigos.

Su trabajo se fue convirtiendo poco a poco en un verdadero infierno. Humillada por las exigencias cada vez más absurdas que le planteaban y asqueada por la abyección de todos los que la rodeaban, Rufi estuvo varias veces al borde mismo de la depresión nerviosa y, al menos en una ocasión, llegó a pensar muy seriamente en el suicidio. No lo soportaba, era algo superior a sus fuerzas; pero no tenía más remedio que aguantar siquiera durante algunos años si no quería verse obligada a arrastrarse por las calles a la busca desesperada de un bilioso viejo verde o de un jovencito desplumado en busca de su primera machada.

Pero las exigencias eran cada vez mayores y, y esto era lo peor, más imposibles de cumplir por mucho que se esforzara por arrinconar en lo más recóndito de su alma todos sus escrúpulos por nimios que éstos fueran. Amenazada de despido desde hacía ya algún tiempo, veía cómo su mundo (ya bastante erosionado, por cierto), comenzaba a derrumbarse a pasos agigantados sin que ella pudiera siquiera apuntalarlo; y ya no había más escalones por debajo, como muy bien sabía. Era su última carta, la última de una baraja en la que se habían hecho ya todos los descartes posibles.

Sin embargo aún había una solución, o al menos así le pareció a ella cuando el empresario le llegó con el enésimo ultimátum: todo era cuestión de buscar un espectáculo más atrevido y llamativo que todo lo que había estado haciendo hasta entonces, que todo también que lo que se hacía en otros lugares. Era una tarea realmente difícil puesto que, al menos aparentemente, ya se había hecho todo; pero era algo lo que todavía quedaba, algo que le podía permitir retirarse sirviendo al tiempo de apoteosis y de canto de cisne; porque, lo que estaba meridianamente claro era que esa actuación habría de ser necesariamente la última: el esfuerzo era tal, que nunca podría volver a repetirla. Pero se marcharía, eso sí, con la cabeza bien alta y la convicción íntima de haber pasado a la pequeña historia del

erotismo por méritos propios. Sí, merecía la pena a pesar del importante sacrificio que requería.

Habló con el irritante empresario. No le contó ni mucho menos la totalidad de su plan; tenía que ser una sorpresa para todos si quería obtener el efecto deseado. Sí que le dijo, no obstante, que su espectáculo de despedida iba a ser algo nunca visto y que haría muy bien en promocionarlo como tal.

El fulano era duro de mollera, pero en modo alguno se le podía tachar de tonto; y, aunque insistió una y otra vez en su deseo de conocer los detalles, al final acabó plegando velas convencido por la vehemente Ruffi de que algo gordo se estaba realmente cocinando. Y así, entre promesas de echar el resto en la promoción del simpatizante espectáculo y lamentos por la retirada definitiva de su mejor estrella (al parecer ya no se acordaba de sus reiteradas amenazas de despido), el avisado gerente se dispuso a organizar lo que olfateaba que sería el mejor negocio de toda su vida.

La fecha quedó fijada a un mes vista, período de tiempo que se tomó Ruffi para preparar convenientemente la escenografía. Encerrada en su casa a cal y canto, nadie salvo ella supo lo que se cocía entre esas cuatro paredes mientras todos los medios de comunicación afines siquiera tangencialmente al mundillo del erotismo se hacían eco de una singular campaña de prensa hábilmente organizada por el dueño del teatro en el que iba a tener lugar la tan esperada representación.

Y llegó el día. El pequeño teatro estaba abarrotado como no la había estado nunca a pesar de los altos precios a los que se habían cobrado las entradas; al menos desde este punto de vista, la iniciativa había sido un éxito. Al otro lado del todavía bajado telón, una Ruffi ataviada de plumas y lentejuelas esperaba pacientemente al momento. Ya era demasiado tarde para echarse atrás, hecho que le infundía un valor que estaba muy, pero que muy lejos de sentir.

Llegaron los avisos y, tras ellos, se alzó el telón: comenzaba el espectáculo. Ruffi empezó tal y como lo había hecho siempre; en su estrategia particular había dividido su actuación en dos partes perfectamente diferenciadas, la primera de las cuales no podía ser más convencional: Esperaba, de hecho, impacientar a la gente buscando así un mayor interés al epílogo -porque epílogo era- de su a pesar de todo inusual espectáculo. Así que, todo era cuestión de echarle paciencia e, incluso, morosidad; la inquietud humana haría por sí sola el resto.

Fue justo cuando se despojó de su última prenda, quedando completamente desnuda a los ojos del público, cuando comenzaron a oírse los primeros silbidos. No les faltaba razón en su protesta; ellos habían pagado por ver algo más... Y no les defraudaría. En un rincón del escenario, habitualmente desnudo durante sus actuaciones, se alzaba un pequeño atril forrado en telas de vivos colores que escondía, oculto a todos, el secreto de última

actuación. Absolutamente nadie, ni tan siquiera los propios empleados del teatro, sabía qué era lo que se escondía detrás del decorado objeto; solamente Rufi conocía su exacta naturaleza, puesto que ella misma lo había depositado en ese lugar justo antes de levantarse el telón. Sorpresa absoluta, pues, aunque sólo ya por unos pocos segundos. El momento definitivo había llegado al fin.

Dando un ágil y estudiado salto, Rufi se colocó junto al atril. Un instante después, su mano derecha empuñaba el objeto oculto hasta entonces: un enorme y afilado machete al que las chillonas luces de colores que iluminaban el escenario arrancaban destellos sanguinolentos en su bruñida superficie. En un instante los gritos soeces, los silbidos y los pateos que hasta ese mismo momento habían atronado en el ambiente desaparecieron como por ensalmo, sustituidos fulminantemente por un silencio sepulcral en el que se mascaba el drama. Algunos espectadores de las últimas filas, repentinamente inquietos, intentaron alcanzar las puertas de la sala; tarea inútil, puesto que Rufi había sobornado previamente a los porteros consiguiendo que éstas, contraviniendo la normativa legal, permanecieran cerradas a cal y canto. Del acceso al escenario desde los camerinos se había encargado ella misma.

Sin embargo, la mayor parte del público continuó sentado en sus butacas contemplando hipnotizado la escena que ahora se desarrollaba vertiginosamente ante sus ojos: Tras unas efectistas fintas, una Rufi que parecía transfigurada en una mitológica diosa guerrera asió con la mano libre el extremo de su larga y suelta cabellera, la cual cortó de un rápido y fiero tajo a ras mismo del cuero cabelludo.

El rugido mitad de horror mitad de admiración que brotó del fascinado público hubiera servido por sí solo para satisfacer plenamente sus ansias de triunfo; sin embargo, la actuación no había hecho sino empezar. Arrojando al suelo con desprecio su trofeo, Rufi acometió con decisión suicida el siguiente paso de su apoteosis final cercenando limpiamente sus dos orejas con sendos certeros mandobles.

La sala era ahora un animal enjaulado que rugía rabioso en el paroxismo de la excitación. Algunos aporreaban febrilmente las puertas en un estéril intento de abandonar el recinto; otros, los más osados, intentaron saltar al escenario siendo inmediatamente detenidos por la amenazante arma de la rabiosa Rufi. Los más permanecían sentados en sus asientos y no faltaba quien, doblado en un rincón, vomitaba silenciosamente ignorado por sus vecinos más próximos.

Rufi sabía que a partir de entonces el tiempo era oro por lo que, apenas consiguió ver despejado el escenario, segó con toda limpieza sus dos pechos arrojando los sanguinolentos despojos, cual si de una Águeda pagana se tratara, a los aterrorizados ocupantes de las primeras filas. Un nuevo golpe y sus genitales, protagonistas de tantas y tantas historias, siguieron el mismo camino.

El final se aproximaba. La pérdida de sangre por un lado y la alarma que con toda seguridad había corrido por el exterior del teatro por otro, hacían que sólo le quedaran unos segundos para consumar su plan; los suficientes para que, con un último esfuerzo, se abriera de arriba a abajo el vientre y, soltando por vez primera el ensangrentado machete, sacara con ambas manos sus propios intestinos en una triunfal manifestación de victoria.

Cuando poco después los esfuerzos mancomunados de la policía desde el exterior y de los aterrados espectadores desde el interior consiguieron derribar al fin las puertas, Rufi era sólo un mutilado cadáver que se desangraba lentamente en el escenario. Empero, su desfigurado rostro exhibía una extraña mueca de satisfacción que tuvo la virtud de sorprender tanto a propios como a extraños.

## SU MEJOR AMIGO

Para los asépticos funcionarios del servicio de estadística siempre fue un simple número en la larga columna de los marginados. Para aquéllos a los que tendía la mano temblorosa a la salida de la misa, era un simple e insignificante mendigo. Y para él... Probablemente nunca se lo había planteado, con su mente irreversiblemente embrutecida por el alcohol barato ocupada en otras necesidades más perentorias tales como la de sobrevivir día a día, aferrándose a éste su único instinto con un frenesí que daba bien a entender cómo bajo su apergaminada piel alentaba todavía un alma.

De cualquier manera, era ya demasiado tarde. Quizá si no hubiera tenido ese estúpido tropiezo en sus años mozos, ese paso por la cárcel que tanto le marcó y que le motivó un rechazo de la sociedad y hasta también de su familia una vez que hubo pagado su culpa... Quizá si hubiera sido un poco -sólo un poco- más inteligente o un poco -sólo un poco- más osado... O si hubiera tenido, simplemente, tan sólo un poco más de buena suerte.

El caso era que ahí estaba, convertido en un guiñapo humano que se arrastraba penosamente entre los despojos de la urbe durmiendo donde podía y comiendo lo que encontraba, ajeno por completo al discurrir de una sociedad que lo ignoraba cuando no, simplemente, lo despreciaba, tolerándolo únicamente como se tolera a algo inofensivo que te hace sentirte además en paz con tu conciencia por el módico precio de unas cuantas monedas...

Un buen día, nuestro mendigo conoció al que habría de ser su único amigo: un perro vagabundo de raza desconocida y ansioso de cariño, un pobre animal abandonado con toda probabilidad en unas lejanas vísperas de vacaciones veraniegas. Rápidamente habrían de trabar amistad ambos parias, hermanados por el lazo común que les unía en su mutua desgracia; y desde entonces habrían de ser inseparables.

Todos los días podía vérselos arrimados a la puerta de la iglesia que la fuerza de la costumbre había convertido en suya: El uno, vestido con un raído gabán que conociera mejores tiempos, se apostaba estratégicamente para implorar unas migajas de caridad a los más afortunados. El otro, feliz en su existencia canina al saberse protegido, se sentaba pacientemente a su lado esperando que su compañero terminara con su tarea cotidiana buscando en él tan sólo un poco de atención.

Fue una amistad sencilla y, precisamente por ello, sincera y duradera. Ambos compartían la dureza de la vida y ambos comían por igual de lo poco que encontraban; pero, a su manera, eran felices con la satisfacción de quienes no han conocido nada mejor en su vida. Y no se quejaban, limitándose a aceptar la dura rutina del día a día tal como les llegaba cada amanecer del sol.



Pero una fría mañana de invierno el mendigo no se levantó del sucio montón de trapos y cartones que constituían su misérrima yacija, siendo vanos todos los esfuerzos de su desesperado compañero por despertarlo. Su limitada mente animal no podía comprender por qué su amigo estaba inerte, ni tampoco por qué varias horas después se lo llevaron unos extraños tras apartarlo a patadas cuando intentó seguir al inerte cadáver de aquél que fuera el único del que había recibido en toda su canina existencia un poco de cariño y un poco también de comprensión. Y nunca más lo volvió a ver.

Nuestro perro vagabundó desesperado por acá y por allá durante algún tiempo buscando infructuosamente al único amigo que había tenido en su vida. Nunca llegó a perder la esperanza de encontrarlo hasta que un mal día, al cruzar una carretera, un coche se atravesó en su camino. Y ya no tuvo necesidad de buscarle más.

La ciudad, que olvida rápidamente todo aquello que en su inmenso egoísmo no le interesa, se olvidó rápidamente del mendigo y del perro que humildemente le acompañara durante tantos y tantos días en su cotidiano arrastrar. Tan sólo los periódicos, movidos quizá por un cierto afán mercenario explicable por otro lado en un mundo en el que lo único que importa es ganar dinero, prestaron cierta atención a la tragedia del vagabundo haciendo públicos unos datos que hasta entonces nadie había sabido o, lo que es peor aún, nadie había querido saber: Supo así todo el que quiso saberlo el nombre completo del fallecido (tan sólo algunos conocían su nombre de pila, Antonio), su edad (quién hubiera dicho que era tan joven, con el aspecto tan avejentado que tenía) y algunas circunstancias más de su vida -por llamarla de alguna manera- y de su triste y anónima muerte.

Se supo de esta manera que había sido legionario cuando su juventud le permitía alentar aún ilusorias esperanzas, y que llevaba un buen puñado de años viviendo -es un decir- en una infecta chabola de las afueras de la ciudad, la misma en la que le había encontrado la muerte liberándole al fin de su penosa existencia. Se habló, tarde ya como de costumbre, de lo apacible de su carácter y de lo considerado de su comportamiento, de su bonhomía en definitiva como mendigo que siempre estaba de buen humor y jamás se metía con nadie. No se le lloró, claro está, ya que a nadie tenía en su vida que le hubiera podido echar en falta a excepción de su fiel compañero, pero hubo incluso quien dijo que había sido una buena persona, aunque nadie iría jamás a ponerle flores o a rezarle un responso a la inexistente lápida de la fosa común a la que fueran arrojados sus restos a la espera de la próxima monda.

Y por supuesto nadie dijo nada del perro, su único amigo, cuyo destino quizá todavía más cruel fue el de ser sepultado en un anónimo lugar del vertedero de la ciudad amortajado con todas las inmundicias generadas por los intestinos de la gran urbe; claro está que sólo era un perro vagabundo, uno de tantos animales sin dueño que perecen todos los años en cualquier carretera española, nada pues digno del menor interés ni aún para los

bienintencionados poseedores de animales domésticos que, por supuesto, jamás dejarían a sus mascotas solas ni siquiera después, incluso, de su canina o su felina muerte.

Ha pasado el tiempo y la ciudad ha olvidado ya a Antonio y a su anónimo perro, del que nadie salvo quizá él llegó jamás a conocer su nombre. Su lugar a la puerta de la iglesia ha sido ocupado por otro mendigo que, además de tener mucho peor carácter y meterse con la gente, no tiene ningún perro. Pero en otro lugar cercano de la ciudad ha aparecido un nuevo vagabundo del que nadie sabe a ciencia cierta de donde vino ni donde vive, un mendigo educado que intenta tocar la flauta en pago a los magros óbolos que recibe y que lleva por acompañante a un menudo perrillo de raza indeterminada que comparte con él su azarosa existencia. En el gran teatro del mundo cambiarán los actores, pero la representación continúa siendo siempre la misma.

## EL MEDIOCRE

José Pérez López, Pepe para los amigos, era un modesto auxiliar administrativo que desempeñaba su labor en una delegación ministerial de provincias. Era un hombre normal, de gustos y comportamientos normales, que sólo tenía una ambición en su vida: Ser el primero. Entiéndase; no el primero en todo, que eso sería demasiado pedir, sino simplemente destacar en *algo* por nimio que fuera. En qué no le importaba; el caso era abandonar, siquiera fugazmente, la mediocridad en la que estaba sumida su vida. Sin embargo, y a pesar de todos sus esfuerzos, nada positivo había conseguido aún a sus cuarenta y tres años de vida.

Y no sería porque no lo hubiera intentado una y otra vez... Pero como si nada. Mediocre fue en el colegio sin ser nunca ni el primero ni el último, que es ésta otra manera de destacar; mediocre fue también en la *mili*, en la que nunca destacó ni para bien ni para mal; y no menos adocenado fue su noviazgo y posterior matrimonio con una gris candidata a *maruja* que pronto le dio dos niños -la parejita, por variar- los cuales dieron bien temprano sobradas muestras de querer seguir los poco originales pasos de sus honrados progenitores.

Resolvería su futuro nuestro personaje, que para eso no era tonto aunque tampoco fuera demasiado listo, aprobando unas oposiciones de auxiliar administrativo -le podrían engañar en el sueldo, pero no en el trabajo- justo con un aprobado pelado que le imposibilitó para pedir plaza en Madrid tal como era su deseo, viéndose condenado al destierro en una pequeña capital castellana de la que no había podido salir ya que, tras veinte años largos de servicio, continuaba siendo tan auxiliar administrativo como el primer día... ¡Qué se le iba a hacer! El pobre José no era precisamente un tipo brillante.

Pero su obsesión no cejaba. Durante algún tiempo escribió a todos y cada uno de los concursos y concursillos que constelaban las diferentes cadenas de televisión, desde los más serios, que alguno quedaba todavía, hasta los más democráticos -que eran los más- del tipo de los que bastaba con enviar una carta con dos códigos de barras de una salsa de tomate o de un gel de baño esperando tener la suerte de ser llamado por teléfono para decir un número del uno al nueve que le sirviera para ganarse un piquillo de unos cientos de miles de pesetas o un viaje a Disneylandia para dos personas, al tiempo que, y esto era mucho más importante, su nombre y su voz saltaban fugazmente a la fama ante una audiencia de varios millones de espectadores.

Ni por esas. Estaba claro que la suerte le era completamente esquiva tanto en su vertiente positiva como, afortunadamente, también en la negativa... Y, aunque esto último no fuera precisamente moco de pavo, el pobre llegó a sentir en ocasiones su pizquita de envidia -con gran espanto por su parte, dicho sea de paso- de aquéllos que por una u otra

razón aparecían en las páginas de los periódicos aunque fuera en la sección de sucesos; porque hasta los atracados en plena vía pública o los fallecidos en accidentes de circulación tenían su momento de notoriedad siquiera fuera póstumo. Y eso era algo.

Por supuesto, de tocarle la lotería o la primitiva nada de nada, a excepción de alguna que otra pedrea o una de tres -que venía a ser lo mismo- siempre de pascuas a ramos y siempre indefectiblemente fundidas una semana más tarde... Vamos, que ni siquiera pillaba la aproximación de la porra que todos los años por navidad organizaban en el bar de enfrente de la oficina.

Estaba escrito que su destino era no destacar jamás en lo más mínimo... Porque de no tener nunca había tenido ni una aventurilla que le hubiera permitido pavonearse ante sus amigos o, cuanto menos, ser denunciado por acoso sexual o algo por el estilo. Así de gris era su vida, y así lo había de continuar siendo, hasta que un día...

Volvía a casa una vez terminada su jornada laboral -dos expedientes tramitados y otro devuelto, tres cafés y un anís del mono, un bocadillo de queso a media mañana y una agria discusión con Ramírez, el del negociado de fincas rústicas, acerca de un presunto penalti robado al Madrid- cuando observó cómo un coche -mejor que el suyo, por supuesto- le adelantaba bruscamente a la salida de un semáforo. José solía ser bastante prudente cada vez que cogía el volante, pero en esa ocasión la adrenalina le hubo de jugar, quizá por vez primera en su vida, una mala pasada.

Y es que, si conseguía adelantar al capullo ese, podría ser el primero en llegar al siguiente semáforo... Flaca ilusión, por supuesto, pero en aquel momento su ofuscada mente no estaba para demasiadas sutilezas. Lo único que le importaba en aquel momento era que podía ser el primero. EL PRIMERO. La palabra maldita se le incrustó en lo más recóndito de su cerebro y ya no lo pensó más; simplemente, actuó. Pisó a fondo el acelerador, se lanzó a más de cien kilómetros por hora por la desierta y adormecida calle, adelantó ágilmente a su rival... Y vino a estrellarse contra una farola que repentinamente se atravesó en su camino. Eso sí, al menos no sufrió: Su muerte fue instantánea por fractura de cráneo amén de otras lesiones diversas.

Pero el destino, que tan esquivo se le había mostrado a lo largo de toda su vida, quiso tener el sarcasmo de sonreírle en su muerte... Lástima que él ya no pudiera disfrutarlo.

Ocurrió que justo entonces tenía lugar la inauguración del nuevo cementerio jardín de la ciudad el cual, situado estratégicamente en una amplia pradera a orillas del río, tenía ya todo listo para ser usado a excepción de un único componente, fundamental por otro lado: Los muertos. Era evidente que alguno tenía que ser forzosamente el primero, y quiso el azar que le cupiera precisamente a él este raro privilegio del que muy pocos mortales pueden alcanzar a disfrutar.

Así pues, fue nuestro personaje quien estrenó el recién construido camposanto, aunque no precisamente por su voluntad... Claro está que el periódico local le dedicó un amplio reportaje -¡quién lo iba a decir!- que le hizo momentáneamente famoso por primera y última vez entre sus convecinos, al tiempo que gozaba también de la fortuna de ser agraciado por los promotores del complejo con una sepultura perpetua totalmente gratis, la cual se vio adornada además por un espléndido mausoleo obsequio de un importante centro comercial que tenía asimismo intereses económicos en el complejo funerario. La pena, la única pena, fue que este reconocimiento público no le hubiera llegado siquiera un poquito antes.

## AFUERA

Despertó con un estremecimiento de frío. Embotada aún su mente con las últimas brumas del sueño, se desperezó golosamente en su lecho antes de abrirse definitivamente a la vigilia.

Abrió los ojos. La tenue y tamizada luz que se filtraba por la ventana era el único estímulo sensorial que alcanzaba a herir sus aún adormecidos sentidos. Silencio. Un silencio absoluto, irreal, invadía el ambiente.

Se incorporó de su lecho paseándose por la habitación. Nada. Ni el menor ruido contribuía a alterar la extraña sensación que le embargaba. No era habitual, por supuesto, pero tampoco resultaba insólito; significaba, simplemente, que *Ellos* estaban ausentes una vez más.

Estirando sus entumecidos músculos se dirigió al lugar en el que *Ellos* depositaban periódicamente su comida... Estaba vacío, tan vacío como él mismo lo dejara antes de acostarse. Era ésta una contrariedad, puesto que su estómago le gruñía agriamente recordándole que había pasado demasiado tiempo desde que calmara su hambre por última vez.

Tampoco era inusual, pero resultaba realmente molesto. Bebió un largo trago de agua -de eso sí había- y se dirigió a la puerta de la habitación. Sabía que sería inútil y que con toda probabilidad ésta estaría cerrada, pero un asomo de rebeldía y de mal contenido orgullo le impelió hacia ella.

Estaba abierta, probablemente porque *Ellos* se habían olvidado de cerrarla antes de partir; pero no le importó. Salió resueltamente al corredor atisbando a uno y otro lado y recorrió todos los rincones del Hogar buscando a alguien que le pudiera proporcionar alimento.

Fue inútil. En el Hogar no había absolutamente nadie salvo él... Y por sí solo era incapaz de acceder al depósito de alimentos. Sólo cabía, pues, esperar a su retorno.

Se sentó tranquilamente en su rincón favorito... Para levantarse inmediatamente después. El hambre le agujoneaba con crueldad y su estómago inquieto no cesaba de protestar. Irritado y molesto se dirigió hacia la puerta de entrada del Hogar, aquella tras la que desaparecían *Ellos* cada vez que partían hacia algún lugar desconocido que a él le estaba vedado, y al llegar allí comenzó a llamarlos lastimeramente en la esperanza de que pudieran oírle y acudir en su ayuda.

No hubo respuesta... Aunque realmente no llegó a pensar que hubiera podido haberla. Ignoraba por completo qué era lo que pasaba cuando *Ellos* atravesaban esa puerta, pero a veces había pensado que quizá hubiera otro Hogar más grande, un Hogar del que procederían también los Desconocidos que en algunas ocasiones venían aquí acompañándolos.

Rondó alrededor de la puerta inspeccionándola minuciosamente. Si se la hubieran dejado abierta... Aunque eso no había ocurrido nunca. Por razones que ignoraba la puerta que unía el Hogar con el Mundo Exterior permanecía siempre cerrada herméticamente incluso cuando *Ellos* permanecían en el interior del Hogar.

Sin embargo, estaba abierta. Ignoraba la razón de tan insólita circunstancia, pero estaba dispuesto a aprovecharse de ella y no sólo ante la perspectiva de ir a buscar a *Ellos* para reclamarles su comida; la curiosidad le cosquilleaba por todo el cuerpo y le incitaba a comprobar qué era lo que había realmente Afuera.

No le costó demasiado trabajo entreabrir la pesada hoja apenas lo suficiente para escabullirse por el hueco así practicado. Por fin se encontraba en el Mundo Exterior por primera vez en su vida, lo que su mente celebró con una confusa mezcla de alegría y temor a la que prontamente se sumó la decepción.

El Mundo Exterior, al menos en lo que se refería a su parte inmediata al Hogar, se le antojó bastante inhóspito, lejos pues de aquel lugar extraordinario que hubiera tantas veces imaginado. Consistía en un corredor desierto en el que se abrían varias puertas similares a las del Hogar, junto con algunas ventanas que aportaban una pobre iluminación al recinto. Un sordo rumor, procedente no se sabía de donde, era el único estímulo que perturbaba el silencio.

Además, hacía frío. Durante un instante sintió el irrefrenable deseo de volver al Hogar, donde se sabía protegido; pero su curiosidad se impuso al fin. Era la primera vez en su vida que tenía ocasión de inspeccionar el Mundo Exterior, y la ocasión no era para desaprovecharla. Por otro lado, siempre podría volver a su refugio en el momento que así lo quisiera.

Comenzó, pues, a explorar el recinto. Nada encontró de particular en él, salvo el frío y algunos olores extraños que no pudo identificar. Cuando iba por fin a retornar al acogedor Hogar, descubrió algo que llamó vivamente su atención: Se trataba de algo que se hundía hacia abajo merced a una serie de superficies separadas entre sí, en altura, una distancia equivalente al tamaño de su propio cuerpo.

La curiosidad le venció de nuevo. Nada similar había en el Hogar, y él quería saber de qué se trataba. Bajó cautelosamente a la primera meseta, lo que no le costó mucho trabajo, inspeccionó cuidadosamente, se preparó para descender a la siguiente, y entonces...

La súbita explosión de luz le pilló completamente desprevenido. Acostumbrado a la suave semipenumbra que había reinado hasta entonces, la radiante luminosidad que invadió el ambiente le sorprendió en mitad de su descenso asustándolo como pocas veces le había ocurrido. Desatados sus instintos más atávicos echó súbitamente a correr hacia abajo, sin saber a donde, mientras la acogedora puerta entreabierta del Hogar quedaba cada vez más lejana.

Poco después llegaba jadeando a un corredor idéntico en todo al que dejara atrás. Esta hubiera sido una buena ocasión para calmarse, pero quiso el destino que justo en ese momento tuviera lugar una segunda catástrofe: Una de las puertas se abrió bruscamente surgiendo de detrás de ella una vociferante criatura completamente desconocida para él que se le abalanzó con evidentes intenciones hostiles. Todavía más asustado reemprendió su desenfadada huida zambulléndose en el nuevo tramo descendente que se abría justo debajo del primero.

De poco sirvieron las voces apaciguadoras que oyó a sus espaldas; el griterío ensordecedor de aquel extraño enemigo puso alas a sus pies haciéndole cruzar como una exhalación, sin detenerse siquiera a tomar aliento, por otros corredores y otros tramos descendentes que se interpusieron en su camino.

Finalmente llegó a un recinto distinto que parecía ser, al menos aparentemente, el término de su alocado descenso; mas no se fijó en ello, como tampoco se fijó en el Desconocido que intentó inútilmente cortarle el camino... Simplemente corrió, corrió como jamás lo había hecho sintiendo clavarse en su cuerpo, por vez primera en su vida, las frías garras del pánico.

Salvó un nuevo obstáculo, una puerta entreabierta que se abría a otro Mundo Exterior todavía más extraño y hostil; un Mundo Exterior rebosante de luz y de sonidos, repleto de estímulos que se le antojaron extraños y amenazantes.

Corrió una vez más al azar y sin saber hacia dónde ir. Todo era desconocido, todo parecía ser peligroso. Huyó desesperadamente sin saber a donde, y se encontró súbitamente rodeado de extrañas y enormes cosas que se movían a toda velocidad, cosas que se le echaban encima...

Intentó esquivarlas, pero sus paralizados músculos se negaron a obedecer los desesperados mensajes que les enviaba el cerebro. Una de esas cosas le alcanzó súbitamente antes de que pudiera siquiera darse cuenta de ello. Su último intento de reaccionar resultó baldío. Y todo fue ya oscuridad y silencio.

\* \* \*



El conductor se bajó malhumorado comprobando con desagrado las feas salpicaduras de sangre y de otras materias que constelaban el guardabarros del vehículo. Suspirando de alivio comprobó que la carrocería estaba completamente libre de abolladuras, por lo que todo quedaría resuelto con un simple lavado. Maldiciendo mentalmente a su víctima retornó al asiento y arrancó, alejándose del escenario de la tragedia sin que le invadiera el menor remordimiento de conciencia.

Poco después los empleados del servicio de limpieza recogían el destrozado cadáver arrojándolo sin el menor protocolo al contenedor más cercano. Total, ¿quién se iba a preocupar por un simple gato muerto?

## EL TESTAMENTO DE UN ESCRITOR

Antes de nada voy a presentarme. Mi nombre es... Bueno, en realidad eso no importa; además, no me conocerían. Lo importante es saber que soy tío de Arturo Vargas, el último gran descubrimiento literario español, el escritor vivo más leído de nuestro país, la gran promesa literaria de nuestro siglo... Y me estoy limitando a repetir los calificativos que la prensa y la crítica especializada han dedicado a mi sobrino.

Permítanme no obstante, en aras de la narración, que les relate algunas facetas de mi relación familiar y personal con Arturo Vargas. Como ya dije es sobrino mío, más concretamente hijo de mi única hermana. Puesto que tanto él como su padre son hijos únicos y yo soy a mi vez soltero, Arturo es mi único sobrino y yo soy su único tío, mientras nuestra diferencia de edades (cerca de cuarenta años) me convirtió desde el principio en algo intermedio entre tío y abuelo.

Huelga decir que mi relación con Arturo fue, prácticamente desde que nació, muy sólida. Dice el refrán que a quien Dios no da hijos el diablo le envía sobrinos, pero lo cierto es que a pesar de mi bien merecida fama de Herodes hice bueno aquel otro refrán que afirma que la excepción confirma la regla, volcándome con mi sobrino como no lo había hecho anteriormente con ningún otro niño y como tampoco lo volví a hacer con nadie más.

Y además el condenado de Arturo me correspondía plenamente para irritación de su madre, que siempre me estaba echando en cara que lo malcriaba... Aunque éstas son historias familiares que nada de interés aportan a mi narración, por lo cual no insistiré más en ellas.

Cuando Arturo fue más mayor mostró poseer una afición innata por la lectura, la cual fomenté apoyándome en mi extensa biblioteca. Mi sobrino, pues, dispuso a su antojo de cuanto libros míos quiso, muchos de ellos demasiado avanzados para su edad según el criterio de su madre, que no el mío ya que yo opinaba que si el chaval despuntaba no había por qué coartarle... De eso ya se encargarían sus maestros, imbuidos por los discutibles criterios pedagógicos tan en boga entonces que primaban a la mediocridad común sobre la brillantez individual.

Llegado Arturo a la adolescencia, y visto que continuaba devorando libros de todo tipo incluyendo obras literarias francamente duras de pelar, tuve en mala hora la vanidad de darle a leer mis propias narraciones... Porque, había olvidado decirlo, yo era escritor; aficionado, por supuesto, y también frustrado, me temo, puesto que no había conseguido publicar ni una sola de mis obras.

Mis relatos, pues narraciones cortas eran y no novelas, dormían el sueño de los justos arrinconados en un cajón, y tan sólo algunos amigos íntimos habían tenido ocasión de leerlos... Y ahora mi sobrino, al cual por cierto le entusiasmaron, Bien, ya tenía un admirador más, me dije con sorna, aunque lo que ignoraba entonces es que éste iba a ser completamente distinto a los demás.

Todo empezó con una pequeña travesura hecha por Arturo sin la menor malicia. Un buen día se enteró de que había sido convocado un premio de literatura juvenil, y al muy granuja no se le ocurrió otra cosa que presentarse al mismo... Con uno de mis relatos, el cual firmó con todo desparpajo.

Si Arturo no hubiera ganado ningún premio, todo habría quedado en agua de borrajas; pero lo malo es que lo ganó, lo cual no tiene demasiado de particular ya que presentó uno de mis mejores cuentos a un concurso escolar que, como cabe suponer, tenía un nivel medio muy bajo.

Ésta fue la primera vez que me enfadé muy seriamente con él, no sólo porque había hecho trampa, sino también porque había traicionado mi confianza. Pero el mal ya estaba hecho, y en realidad la cosa no era tan grave. ¿Qué hacía? ¿Le obligaba a contar la verdad renunciando al premio, o lo dejaba pasar con la firme y tajante promesa de que no lo volviera a hacer de nuevo? Finalmente opté por la segunda alternativa renunciando incluso a contárselo a sus exultantes padres. Eso sí; si él quería escribir yo le ayudaría a hacerlo, pero desde luego no estaba dispuesto a consentir que se aprovechara del esfuerzo ajeno... Ni siquiera aunque ese esfuerzo fuera el mío propio.

He de reconocer que el chaval cumplió con su compromiso, pero a veces los hechos nos envuelven de tal modo que no podemos evitar vernos arrastrados por ellas. El certamen que tan fraudulentamente había ganado mi sobrino era de muy poca importancia, apenas poco más que un concurso escolar, y nada habría pasado de no darse dado una inoportuna circunstancia: Aunque el premio conseguido por Arturo era simbólico -un pequeño lote de libros y algún juego de ordenador-, las bases estipulaban que el relato ganador concursaría de nuevo en una convocatoria de rango provincial... Y volvió a ganar, arrasando a todos sus competidores.

Al llegar a este punto me lamenté de no haberle obligado a renunciar en su momento, pero ya no tenía remedio. Podría hacerlo ahora, evidentemente, pero el escándalo habría sido considerable y sus padres, que nada sabían del plagio, se habrían irritado además conmigo. Así pues callé de nuevo, maldiciendo eso sí la estupidez de unos jurados incapaces de distinguir al parecer entre los escritos de un adolescente y los de un adulto.

La cosa alcanzó su cénit cuando en una tercera convocatoria, esta vez de ámbito nacional, mi relato volvió a ser premiado llevándose mi sobrino todos los honores... No, no me interpreten mal; nunca tuve la menor envidia de Arturo, sino todo lo contrario como se

verá más adelante. No. Yo quería a mi sobrino y me alegraba sinceramente de su éxito por más que éste fuera fraudulento; pero temía, y el tiempo me dio la razón, que esta travesura pudiera acarrear consecuencias... Y ciertamente lo hizo.

Gracias a su último éxito Arturo gozó de una popularidad efímera, con alguna entrevista en los periódicos e incluso en la televisión; y lo malo fue que le gustó. Ciertamente a un chaval de diecisiete años, que eran los que él tenía entonces, no se le puede pedir que se comporte con flema cuando el mundo se rinde a sus pies. Y yo, a pesar de todos mis temores, renuncié a hacer de voz de su conciencia. Que disfrutara de ello; yo le regalaba muy gustosamente el cuento que me había birlado.

Lo malo fue que Arturo le cogió gusto a la cosa y se empeñó en ser escritor, él que ni tan siquiera había sido capaz de terminar una sola redacción en el colegio (se las escribía yo, por cierto). Y como cabe suponer, me pidió ayuda apoyado por sus padres.

¿Qué podía hacer, salvo aceptar? Yo adoraba a mi sobrino, pero sabía de sobra que no tenía madera de escritor. Un artesano se hace, pero un artista nace. Arturo era un chico muy inteligente que contaba con recursos más que sobrados para desenvolverse en la vida sin ayudas de ningún tipo, pero a pesar de ello y de su considerable bagaje cultural, muy superior al de los chicos de su edad, no servía como escritor.

A pesar de mi justificado escepticismo acepté el encargo con resignación temiendo que, de no hacerlo, pudiera ser tachado de envidioso, temor éste tan injustificado como verosímil. Me esforcé, pues, en iniciar a mi sobrino en los arcanos de la literatura, labor que consideraba inútil puesto que ni yo mismo sabía cómo había aprendido a hacerlo. Huelga decir que de poco sirve enseñar las técnicas de la escritura, que eso y no más es lo que se hace en los pomposamente denominados talleres literarios, si el alumno carece de inspiración; un pintor mediocre, pongo por ejemplo, siempre puede limitarse a copiar mejor o peor aquello que ve, pero esto no sirve para artes tan abstractas como la literatura o la música en las que si no hay inspiración no hay absolutamente nada.

Lo intenté, les juro que lo intenté, pero no pude obtener el menor resultado. Mi sobrino, tan habilidoso para otras muchas cosas, era completamente incapaz de pergeñar una simple redacción con un mínimo de calidad literaria. Finalmente ambos nos dimos por vencidos; la carrera literaria de Arturo Vargas se había marchitado antes aún de empezar.

Pero el destino se había empeñado en describir una extraña pirueta. El padre de Arturo, es decir, mi cuñado, conoció accidentalmente por motivos profesionales a un ejecutivo de una pequeña editorial especializada en literatura. Con lógico y justificado orgullo paterno comenzó a ponderarle las habilidades de su hijo y, contra todo pronóstico, consiguió que su interlocutor se comprometiera a leer los *escritos* de mi sobrino. Creo que en realidad no se trató de un súbito interés por un escritor novel -todos sabemos lo difícil que resulta lograr que se lean siquiera tus originales- sino de algo realizado por puro compromiso; mi cuñado

trabajaba entonces en un banco y en su mano estaba la concesión de un crédito que era vital para la supervivencia de la editorial. Me consta que no hubo mala fe por parte de mi cuñado, ni mucho menos intento alguno de coaccionar a su apurado cliente; pero lo cierto es que éste le pidió los originales de Arturo y él se comprometió a enviárselos lo antes posible.

El problema estribaba en que tales originales tan sólo existían en la mente de mi ingenuo cuñado, ya que todos los folios que Arturo había emborrionado habían ido a parar a la papelería; ¿pero cómo se lo decíamos ahora?

Lo más razonable, lo único razonable hubiera sido confesar la verdad. Todo habría quedado en casa y, aun al precio de haber sido tachado de cómplice de mi sobrino, el problema habría sido zanjado de forma definitiva.

Pero no ocurrió así, y ciertamente asumo toda la responsabilidad sobre ello. Mi vanidad, más que el cariño hacia mi sobrino, se impuso sobre cualquier otra consideración, y ya no nos quedó la menor posibilidad de volvernos atrás. En contra de la opinión de mi sobrino que, desbordado por las circunstancias, tan sólo quería olvidarse de todo, seleccioné un puñado de relatos míos regalándoselos para que a su vez pudiera entregárselos, firmados con su propio nombre, al editor. ¿Por qué hice eso? Bien sabe el cielo que no lo sé, pero ya es tarde para arrepentirse de ello. Yo, lo dije en un principio, era un escritor frustrado. Jamás había ganado un premio literario salvo, claro está, el de la jugarreta de mi sobrino, y nunca había conseguido que los editores leyeran siquiera mis originales. ¿Iba a dejar pasar esta ocasión que me caía del cielo? Cometí un error, lo confieso, pero en aquel momento me cegó el orgullo.

Gracias a mi ascendiente conseguí convencer finalmente al dubitativo Arturo, el cual opinaba no sin razón que habíamos llegado demasiado lejos. Al fin y al cabo, le argüí, ni hacíamos nada malo ni violábamos norma alguna, puesto que no se trataba de ningún concurso literario. Yo me limitaba a regalarle unos relatos de igual forma que anteriormente le había regalado otras muchas cosas, y a nadie más que a nosotros dos le importaba nuestro mutuo acuerdo. Además, la figura del escritor anónimo que escribe en beneficio de otro, el *negro* en la jerga del gremio, era tan antigua como la propia literatura.

He de reconocer, lo digo con toda sinceridad, que yo estaba convencido de que los relatos iban a ser rechazados, máxime teniendo en cuenta que, de forma previsoramente, había elegido aquéllos que escribí cuando tenía aproximadamente su edad o poco más, dejando a buen recaudo los más recientes y elaborados. Se trataba, así lo creía yo, de una inofensiva triquiñuela de la que nos habríamos de beneficiar todos nosotros: Yo por sacarme una espina que tenía clavada desde hacía mucho, Arturo por enterrar discreta y dignamente su falsa carrera literaria, sus padres por poder presumir de hijo, el editor por haber salvado airoosamente su compromiso...

Pero contra todo pronóstico la editorial aceptó los originales, que publicó poco después. Yo, que no me esperaba esto, reaccioné con alegría aunque, he de reconocerlo, ésta se debía no tanto al éxito de mi sobrino, como a la constatación, si bien tardía y anónima, de que no era un escritor frustrado. Sin embargo, y muy a pesar mío, no podía disfrutar de mi éxito.

Así pues, hice de tripas corazón sumándome al coro de voces laudatorias que cantaban la valía como escritor de mi sobrino... Porque además, para mayor ironía del destino, el libro fue un rotundo éxito siendo reeditado en varias ocasiones.

Dicen los entendidos que, por muy difícil que resulte publicar tu primer libro y darte a conocer, si éste tiene éxito tu carrera como escritor está razonablemente garantizada. Ignoro si esto será cierto en todos los casos, pero como es sobradamente sabido lo fue en el de mi sobrino. Aclamado por la crítica, apreciado por los lectores e inteligentemente promovido por la editorial, el nombre de Arturo Vargas comenzó a sonar muy pronto como la nueva promesa de la literatura española... Y se apresuraron a pedirle nuevos relatos.

Atrapado en mi propia trampa, así me veía yo entonces. Y cuando mi atribulado sobrino me preguntó qué podíamos hacer, tan sólo se me ocurrió una solución: Seguir adelante. Relatos inéditos no me faltaban ya que tenía escritos docenas de ellos, con lo cual la materia prima no era precisamente lo que nos iba a faltar. Mi sobrino, justo es reconocerlo, se negaba en redondo a continuar con el engaño, y ciertamente estuvo muy cerca de convencerme; puesto que acababa de ingresar en la universidad podía aducir, y era una excusa perfectamente verosímil, que sus estudios le impedían dedicarle tiempo a la literatura. Y cuando cinco años después se licenciara, ya se vería.

La idea no era mala, pero de nuevo el destino se encargó de encauzar nuestras vidas por senderos muy diferentes a aquéllos que nosotros nos habíamos trazado. Un mal día sus padres fallecieron en un accidente de tráfico, dejándome a mí como único pariente cercano suyo ya que con sus abuelos, por diferentes razones, no se podía contar. Asimismo Arturo se encontraba con una situación económica francamente apurada, ya que sus padres no se habían caracterizado precisamente por su carácter ahorrador. Yo, por mi parte, poco podía ofrecerle, ya que mi modesto sueldo de funcionario llegaba para mis gastos y para poco más.

Dando muestras de un gran pragmatismo Arturo decidió abandonar la universidad poniéndose a buscar trabajo; pero el momento era malo y pasaron bastantes meses sin que pudiera encontrar nada. Yo quería ayudarlo, y lo hice de la única manera que podía hacerlo ofreciéndole de nuevo la totalidad de mi obra inédita para que al menos pudiera conseguir algo de dinero gracias a los derechos de autor.

Arturo rehusó con idéntica energía que en la anterior ocasión, argumentando que no se quería beneficiar de un esfuerzo que no fuera el suyo. Me propuso, claro está, que publicara

los relatos con mi propio nombre, a lo cual repuse que la carambola que tan bien había funcionado en una ocasión era muy difícil que se volviera a repetir. Él tenía un nombre y yo no, y lo que admiraba en un muchacho de apenas veinte años de edad no llamaría la atención en un hombre ya maduro... La gente era así de ilógica. Además, tampoco sabíamos cómo iba a responder la editorial, ya que evidentemente el engaño no podía hacerse público y la labor de promoción realizada en la persona de mi sobrino se quedaría en nada perdiéndose la inversión realizada.

Así pues, la carrera de Arturo Vargas tenía que seguir adelante; no había ninguna otra solución. Convencido a regañadientes de que no quedaba otra salida, Arturo dejó pasar un tiempo prudencial antes de entregar a la editorial una nueva selección de relatos míos. Este segundo libro, huelga decirlo puesto que es sobradamente conocido, alcanzó todavía mayor éxito que el primero, siendo traducido incluso a varios idiomas.

El resto también es sabido. Pasaron los años y Arturo Vargas se hizo tan famoso como puede llegar a serlo un escritor en nuestro país, logrando alcanzar el raro privilegio de ser uno de los escasos literatos españoles que consiguen vivir exclusivamente del fruto de su pluma... De la mía en este caso, ya que me negué en redondo a aceptar una sola peseta de sus derechos de autor. Yo tenía bastante con mi sueldo primero y con mi pensión de jubilación después, y me bastaba con la satisfacción largamente esperada de ver publicados mis relatos... Aunque fueran firmados con un nombre ajeno.

A pesar de que Arturo se casó y su mujer no veía con buenos ojos su estrecha relación con "*el chalado de tu tío*", nuestros vínculos siguieron siendo exactamente igual de fuertes... No podía ser de otra manera, puesto que era yo quien le proporcionaba discretamente la *materia prima* ya que él, a pesar de sus denodados esfuerzos, seguía siendo completamente incapaz de hilvanar un solo relato.

Y de esta forma hemos continuado hasta ahora, con un Arturo Vargas que sigue cosechando éxito tras éxito con sus libros y un tío anónimo que se encarga anónimamente de escribirlos. Por desgracia el tiempo no perdona, y siento que mi vida se acerca a su fin. Recluido en una residencia de ancianos ya que su mujer se negó en redondo a aceptarme en su casa, me encuentro postrado desde hace tiempo en una silla de ruedas, cada vez con menos fuerzas no ya para escribir, sino incluso para afrontar el reto diario de vivir. Por fortuna mi producción literaria es abundante y, convenientemente dosificada, le permitirá vivir de las rentas durante bastante tiempo.

Presiento que éste va a ser mi último relato, y será también el suyo; por esta razón me he permitido la pequeña humorada, disculpable en un anciano cascarrabias, de relatar por vez primera la verdadera historia de mi sobrino. Juro que no lo hago para reivindicar mi memoria ni, mucho menos, para dejar en evidencia a mi sobrino; soy ya muy viejo para sentir vanidad, y me queda demasiada poca vida como para poder disfrutar de una efímera

fama postrera. Lo importante, lo único importante, es que he conseguido triunfar aunque no haya sido con mi nombre; ¿y qué importa eso?

Arturo desconoce todavía mi travesura, y la desconocerá hasta que yo haya muerto. A él le corresponde decidir si publica o no este relato. ¿Lo hará? Supongo que sí, primero por respeto a mi memoria, y segundo porque estará de acuerdo conmigo en esta pequeña burla a los lectores, los cuales creerán probablemente que no se trata de un relato real, sino del último fruto de la imaginación del afamado escritor Arturo Vargas.

¿O quizá no?



## HISTORIA DE DOS AMIGOS

Eran dos náufragos lanzados por la resaca de la vida a las costas de la marginación, dos perdedores natos en la dura lucha por la supervivencia devorados por esa marginalidad desgarrada que constituye la cara amarga de las sociedades que se dicen desarrolladas. Su futuro no era otro que el de la mera supervivencia gracias a las migajas que despreciaban aquéllos a los que de todo les sobraba, los cuales les toleraban, en un alarde de falsa e hipócrita misericordia, únicamente merced a su habilidad en lograr pasar desapercibidos.

Ambos tenían mucho en común, y sin embargo no podían ser más diferentes. El primero de ellos era un hombre todavía joven, pero avejentado en extremo por culpa de unas precarias condiciones de vida y por los excesos de una juventud alocada en la cual llegó a alentar las mismas esperanzas que cualquier otra persona antes de sumirse en el negro pozo de sus miserias. Su biografía, corta en años pero extensa en acontecimientos, por lo general desgarrados, no era muy diferente de la de cualquier otro perdedor: Hijo de un alcohólico y víctima de una niñez desgraciada, pronto trocó las precoces fugas de la escuela por una adolescencia que no tenía demasiado claros los límites entre lo permitido y lo prohibido. La espiral siempre descendente de su vida le llevó a mezclarse con malas compañías que le condujeron por caminos equivocados, a la par que le sumía sin posible marcha atrás en la mortal trampa de las drogas.

No muchos años después, con la salud quebrantada para siempre y con nulas posibilidades de reinserción social, arrastraba la triste caricatura de su existencia por las indiferentes arterias del centro de la ciudad mendigando unas limosnas que le permitieran llegar hasta mañana, un mañana que para él tan sólo alcanzaba hasta el día después. Él no era mala persona, nunca lo había sido, y si las circunstancias de su vida hubieran sido menos azarosas, quizá habría podido salir a flote convirtiéndose en un ciudadano normal... Pero su inadaptación social y la debilidad de su carácter le habían arrastrado a una triste situación de la que tan sólo le libraría la llegada traicionera de la muerte.

Su compañero era un simple perro callejero, un pequeño chucho negro que en su mezcla de cien razas pregonaba a las claras lo bastardo de su origen. Lo había recogido, aún cachorro, en una escombrera de las afueras de la gran urbe, salvándolo sin duda de una muerte por hambre o, probablemente, del triste destino de la perrera. No se trataba de un cachorro abandonado víctima inocente primero del capricho de un niño y, posteriormente, del egoísmo estival de sus progenitores, sino de un verdadero perro callejero cuyos desconocidos padres habían logrado el milagro de sobrevivir en un ambiente hostil. Era, pues, otro perdedor que habría visto con envidia, si eso fuera posible en un can, la vida regalada de tantos congéneres suyos.

Pese a que el mendigo a duras penas lograba conseguir lo suficiente para sobrevivir, aceptó complacido el reto de compartir su vida con el cachorro, tomándolo a su cargo. Por encima de todas las puñaladas que le había dado la vida, por encima de los sinsabores de su realidad cotidiana, el castigo más duro de todos era para él, con mucho, el azote cruel de la soledad más absoluta. Sin familia, sin amigos, sin nadie que se preocupara lo más mínimo por él, nuestro hombre se encontraba espantosamente solo en el corazón de una ciudad en la que bullía la vida. Así pues, sacrificó voluntariamente parte de sus magros recursos con tal de disponer de un amigo. De su único amigo.

El animal, por su parte, no le defraudó en sus esperanzas. Desconocedor de la existencia de un tipo de vida mejor se conformaba con sentirse querido, siendo probablemente mucho más feliz que todos aquellos estirados perros de raza que veía pasear todos los días no por sus dueños, sino por la mercenaria mano de la servidumbre doméstica de los mismos. Evidentemente carecía de raciocinio alguno para poder establecer comparaciones de ningún tipo, pero si así hubiera sido no cabe la menor duda de que los habría compadecido en su dorada cautividad. Él era libre y se sentía querido, lo cual en su alma perruna era más que suficiente para sentirse satisfecho. Contento con su suerte, correspondía a su desgraciado amo con un cariño que compensaba con creces a éste de todos sus sinsabores.

Todas las mañanas el mendigo se apostaba en el semáforo de un bullicioso cruce para, aprovechando la detención forzosa de los vehículos, solicitar a sus conductores una limosna mediante un lastimero cartel que ni siquiera había escrito él. Mientras tanto, el perrillo aguardaba dócilmente sentado en la acera. Pero una mañana...

La ciudad hervía de actividad y un ingente número de personas se dirigían afanosamente a sus quehaceres sin prestar la más mínima atención a todo lo que les rodeaba. De repente se escuchó un brusco frenazo seguido de un gemido lastimero, e instantes después los peatones que en ese momento atravesaban somnolientos el cruce descubrían con sorpresa al pequeño perrillo negro corriendo espantado entre sus piernas. Poco más allá el inocente animal se derrumbaba vomitando sangre a borbotones.

Ante la indiferencia de los transeúntes, que se limitaban a apartarse del agonizante animal sin dirigirle siquiera una mirada de conmiseración, llegó corriendo el espantado mendigo, el cual recogió en sus brazos a su moribundo amigo sintiendo como un frío y cruel cuchillo le desgarraba el corazón. Acababa de perder a su único ser querido.

Al día siguiente el mendigo se encontraba de nuevo en el mismo lugar tras haber pasado en algún rincón la noche más amarga de su vida. Estaba solo, espantosamente solo, y había perdido la única razón que hasta entonces le alentara a seguir viviendo. Su rostro, contraído en un rictus de amargura, reflejaba de forma patente su sufrimiento, un

sufrimiento al que eran completamente ajenos todos cuantos se cruzaban con él sin dirigirle siquiera el consuelo de una mirada caritativa.

## PODRÍA SER YO

Voy adormilado en el tren, camino del trabajo. Una persona rompe el silencio desgranando sus problemas y pidiéndonos una ayuda. Pienso que pueda tratarse de un mendigo profesional, pero va decentemente vestido y su aspecto no difiere demasiado del mío. Recuerdo las noticias sobre la crisis económica, el crecimiento del paro, los desahucios, y recuerdo también la triste visión de personas “normales” rebuscando por la noche en los cubos de basura.

Le doy unas monedas, que él agradece cortésmente mientras sigue adelante entre la indiferencia general. Me pregunto si mañana no podré ser yo el que ocupe su lugar.

## EL VALOR DE LO ÚNICO

Andrés P. se sentía muy orgulloso de su apellido paterno. No era un apellido noble ni contaba con antiguos y rancios oropeles; de hecho, ni tan siquiera aparecía en los manuales de heráldica más completos, capaces de atribuir un presunto y lustroso escudo de armas al linaje más plebeyo. Y, hasta donde él sabía, sus ascendientes más directos habían sido modestos menestrales y campesinos, siendo él el primer universitario de la familia.

Pero su apellido era único. Literalmente único. Por un peculiar guiño del azar, había heredado de sus antepasados uno de los apellidos más infrecuentes de España. Tan infrecuente, que ni siquiera aparecía en los listados del Instituto Nacional de Estadística, que por motivos de secreto informático no informaban sobre aquellos que estaban registrados en número inferior a cinco. De hecho jamás había localizado a ninguna otra persona que lo compartiera, y solía divertirse que sus rotundas cinco sílabas causaran perplejidad a todos sus interlocutores cada vez que se lo preguntaban.

Andrés P. era heredero de una larga tradición familiar que había velado con celo por la preservación de tan inmaterial ypreciado bien y, por lo que sabía, era ya el único que lo ostentaba tras la muerte de su padre y el prematuro fallecimiento de su hermano víctima de un accidente de tráfico. Así pues, y ante la inexistencia de ramas familiares laterales que pudieran servirle de alternativa, recaía sobre él la grave responsabilidad de perpetuarlo transmitiéndoselo a sus hijos... algo que, dicho sea de paso, no parecía urgirle demasiado dada su bien ganada fama de solterón, ya entrado como estaba en la cuarentena. Pero todavía tenía tiempo de sobra, se decía, por lo que no le corría ninguna prisa.

Fue por casualidad, gracias a una búsqueda por Internet, como alcanzó a saber que, en contra de lo que siempre había creído, sí había en España otra persona que se apellidaba igual que él con la cual, además, no guardaba el menor parentesco. Además su homónimo residía en el otro extremo de España, en una región en la que, hasta donde había podido averiguar, nunca habían vivido sus antepasados.

Picado por la curiosidad buscó la manera de ponerse en contacto con él, y finalmente lo consiguió. Y, como éste mostró la misma curiosidad, ambos convinieron en conocerse personalmente tras haber mantenido una correspondencia previa vía correo electrónico. La reunión tuvo lugar en Madrid por estar la capital casi a mitad de camino de sus respectivas ciudades, y ésta no pudo ser más cordial. Julio P., que así se llamaba su tocayo, resultó ser otro soltero de edad similar a la suya y, asimismo, con las mismas pocas ganas de perpetuar la estirpe, lo que motivó que de forma jocosa ambos establecieran una informal apuesta acerca de cual de ellos sería el último P. de la historia.

Tras relatarse sus respectivas crónicas familiares, ambos retornaron a sus respectivos lugares de residencia para retomar sus prosaicas actividades cotidianas, no sin antes prometerse mutuamente que mantendrían viva la recién surgida amistad. Y así lo hicieron, vía correo electrónico y telefónico, gracias a las facilidades que otorgaban las nuevas tecnologías.

Hasta que, algunos meses después, el cadáver de Julio P. apareció en su casa con evidentes signos de violencia. Puesto que vivía solo el cuerpo no fue encontrado hasta varios días después de ocurrida la muerte, y el hecho de que en su casa no faltara ningún objeto de valor hizo que la policía descartara de inmediato el móvil del robo.

Pero si no había sido ni un robo ni un atraco, ¿quién había asesinado a Julio P., y por qué? El fallecido apenas tenía amigos, pero tampoco enemigos, y trabajaba como autónomo en su propia casa. Aseguran los expertos que el crimen más difícil de resolver es aquél en el que aparentemente no existe motivo alguno, puesto que los investigadores se encuentran privados de pistas a las que poder seguir. Pero la Policía no se arredró y optó por lo lógico, rastrear en el ordenador del difunto todos los contactos, en su mayor parte profesionales, que éste había mantenido en los últimos meses.

Y, claro está, localizaron a Andrés P. Éste les explicó la manera en que se habían conocido, se explayó sobre la rareza de su apellido común y aseguró que desde un par de semanas antes del asesinato no había sabido nada de él debido a que éste estaba pasando por una etapa de mucho trabajo y no podía distraerse demasiado, razón por la que le había pedido que interrumpieran sus contactos periódicos durante algún tiempo hasta que él pudiera relajarse. Por esta razón no le había extrañado su silencio, hasta que se enteró por la policía de lo que había ocurrido. Mostró su pesar por la trágica muerte de su amigo y se ofreció para gestionar los trámites del entierro, dado que Julio P. carecía de parientes.

Aunque en un principio los inspectores que investigaban el caso dieron aparentemente por bueno su testimonio, poco a poco fueron estrechando el cerco en torno al que ya consideraban como el principal sospechoso. Y, pese a que Andrés P. esgrimió una coartada, la tenacidad de los sabuesos policiales acabó por arrinconarle hasta que, derrumbado, confesó el crimen.

Sí, había sido él quien mató a Julio P. sin auxilio de ningún cómplice -algo que ya había comprobado la Policía- y amparándose en la confianza de su reciente amigo. Su confesión, unida a la existencia de pruebas incriminatorias descubiertas por la Policía Científica, sirvió para dar por cerrado el caso, quedando Andrés P. en prisión preventiva a la espera del juicio y su correspondiente condena. En principio todo había terminado, pero el comisario que había dirigido la investigación se sentía intrigado por lo aparentemente absurdo del asesinato, máxime considerando que el convicto había sido hasta entonces una

persona completamente normal y más bien gris en la que no cabía esperar la existencia de tendencias criminales. Así pues, ¿por qué lo había hecho?

Con la autorización del juez, y acompañado por el psicólogo del centro penitenciario, procedió a preguntárselo al propio interesado, algo que éste parecía haber estado esperando ansiosamente a juzgar por la presteza y la vehemencia con las que le respondió. Pero no lo hizo con el relato escueto de los hechos, sino mediante una anécdota histórica a la que recurrió a modo de metáfora.

-No sé si será usted -le explicó al policía- aficionado a coleccionar sellos; yo lo fui en mi juventud hasta que me cansé, pero gracias a ellos aprendí bastantes cosas de historia y geografía, e incluso un buen puñado de anécdotas curiosas. La que le voy a relatar es una de ellas, ignoro si real o apócrifa, pero en cualquier caso muy conocida dentro del mundillo filatélico.

Y viendo que sus dos interlocutores le manifestaban su desconocimiento, continuó:

-El sello más caro del mundo es, desde hace mucho, el famoso magenta de un centavo emitido en 1856 en la Guayana Británica. No voy a entrar en detalles sobre las circunstancias que hicieron que alcanzara esta singularidad entre tantísimas emisiones de todos los países y territorios del mundo, pero lo cierto es que en 1922 se subastó por la astronómica cifra de 37.000 dólares, siendo adquirido por Arthur Hind, un rico coleccionista norteamericano.

»Tampoco nos importan los distintos avatares por los que pasó el sello tras la muerte en 1933 de este coleccionista, sino lo que ocurrió en ese mismo año de 1922 poco después de que éste lo adquiriera. De manera fortuita un segundo sello similar al anterior cayó en manos de un marinero y éste, que poseía ciertos conocimientos filatélicos y conocía su valor, se lo ofreció Hind. El coleccionista, tras examinarlo con detenimiento comprobando que no se trataba de una falsificación, compró el sello por una elevada cantidad y, ante la mirada atónita del marinero, procedió a quemarlo, argumentando que así quedaba él como propietario del único ejemplar existente en todo el mundo.

-Discúlpeme, señor P. -objetó el comisario-, pero no alcanzo a entender qué relación puede tener esta historia con sus motivos para asesinar a Julio P.

-Está claro -respondió satisfecho el reo-. El hecho de que algo sea único incrementa enormemente su valor, tanto da que sea un sello o cualquier otra cosa... incluida una persona. Durante muchos años viví convencido de que era el único que ostentaba mi apellido hasta que un día, en mala hora, descubrí la existencia de mi rival. Así pues, no me quedó otro remedio que matarlo. ¿Lo entiende usted? Ahora sí estoy seguro de que no hay nadie en toda España ni, probablemente, en todo el mundo que me haga sombra. Así de sencillo.

El policía lo único que entendía era que se encontraba frente a un loco que había sacrificado una vida humana en aras de un absurdo delirio mental, aunque se cuidó mucho de decírselo. Al fin y al cabo, ya tenía la respuesta a su pregunta. Se despidió, pues, del recluso y acompañado por el psicólogo, que se había mantenido discretamente en silencio durante toda la entrevista, abandonó el locutorio.

-¿Qué le parece? -le preguntó a éste una vez hubieron abandonado el recinto-. Hay que estar como una regadera para matar a una persona simplemente por su apellido.

-Tiene usted razón -respondió su interlocutor-, se trata de un crimen absurdo. Este pobre desgraciado se obsesionó tanto con la singularidad de su apellido, que no estaba dispuesto a consentir que nadie le hiciera la competencia. Es triste que llegara a estos extremos por algo tan irrelevante; más valía que se hubiera llamado García, Pérez o López.

-Hombre -concedió el agente-, reconozco que puede ser normal, si ostentas un apellido poco frecuente, sentir un cierto prurito, llamémosle de superioridad, frente a quienes los tienen comunes; pero esto no deja de ser algo irrelevante, o al menos así me lo parece a mí.

-No es eso lo que más me preocupa -masculló el psicólogo-. Sabemos el motivo por el que Andrés P. asesinó a Julio P., y evidentemente no podemos interrogar a este último. Pero, a la vista de hasta donde hemos podido reconstruir de su perfil psicológico, me pregunto si Andrés no se limitó a adelantarse a su víctima.

Un sombrío silencio acompañó a sus palabras.



## NOSTALGIA

Con un suspiro el jefe de estación vio alejarse al último tren que circularía por la estación, condenada al cierre tras la remodelación de la línea de cercanías que llevaría su nuevo trazado subterráneo por otros barrios más modernos y populosos.

Quiso el azar que ese día coincidiera con la víspera de su jubilación. Toda una vida dedicada al tren llegaba así a su final al igual que la vieja estación, a la que le aguardaban el derribo y el olvido.

A él sólo le quedaría ya la nostalgia. A la vieja estación, ni tan siquiera eso.

## MALA DIGESTIÓN

Eladio Q. era uno de tantos inmigrantes hispanoamericanos que llegaron a España en busca de una vida mejor. Originario de un apartado rincón andino, para Eladio fue todo un reto adaptarse al frenético ritmo de las grandes ciudades españolas; pero, aun con dificultades, logró salir adelante.

No obstante seguía añorando su tierra, sus costumbres y, sobre todo, sus comidas. Ciertamente parte de los alimentos a los que estaba acostumbrado los podía encontrar con relativa facilidad en las tiendas especializadas en los productos mal llamados latinos, pero no todos; y uno de ellos, el que más echaba de menos, eran los deliciosos cuyes, también conocidos como cobayas o conejillos de indias, un plato habitual en el ámbito andino pero poco menos que tabú en su país de acogida dada su condición de popular mascota.

Evidentemente en las carnicerías de su ciudad de residencia no vendían estos animalitos, ni tampoco en las tiendas en las que se proveía de otros alimentos ultramarinos. Sabía que era posible conseguirlos en establecimientos especializados -muy especializados- o bien comprarlos por internet, pero resultaba demasiado caro para su magra economía por no hablar de recurrir a una tienda de mascotas fingiendo buscarlos para este fin, y eso siempre que lograra burlar las suspicacias de los vendedores sobre sus verdaderas intenciones dados sus inconfundibles rasgos físicos.

Así pues, el pobre Eladio suspiraba por un buen plato de cuyes asados al estilo tradicional, desesperando cada vez más de poder disfrutarlo.

Pero la esperanza es lo último que se pierde, aunque a veces disfrute mostrándose caprichosa. El azar se decantó a favor suyo cuando un buen día un compatriota, sabedor de su interés por saborear un buen plato de cuy gracias a un conocido común, se acercó a él ofreciéndole la venta de uno o más ejemplares procedentes de una partida que había llegado recientemente a sus manos. Y aunque el precio no era barato, Eladio decidió comprar uno de ellos sin preocuparse demasiado por su procedencia, a todas luces ajena a los canales de comercialización convencionales, algo que no le importaba en absoluto dado que en su tierra, apurados por la necesidad, hacían bueno el dicho de “*lo que no mata, engorda*” lejos de los remilgados escrúpulos europeos.

Apenas dos días más tarde tenía en su poder el preciado manjar, un hermoso cuy pelado y eviscerado envasado al vacío. Entusiasmado se lo llevó a su casa -una modesta habitación en un piso compartido- y, tras las dudas iniciales, decidió no guardarlo en el frigorífico común ya que no se fiaba de sus compañeros, también andinos y, por lo tanto, susceptibles de querer participar en el festín. Conocía también a algunos españoles, pero no

se atrevió a pedirles el favor puesto que imaginaba su reacción ante la eventualidad de meter en su frigorífico algo que probablemente considerarían repulsivo.

Así pues decidió comérselo lo antes posible; al fin y al cabo, ¿para qué esperar? Por fortuna era invierno, lo que le permitiría buscar sin demasiada prisa algún sitio donde se pudieran cocinar convenientemente.

Al cabo de unos días encontró un restaurante ecuatoriano en el que, previo pago de una cantidad razonable, accedieron a hacerlo sin mostrar mayor interés en participar en el ágape ya que, según le explicó el dueño, en su zona no eran un plato habitual, y por supuesto tampoco figuraba en la carta. Pero sabía como hacerlo, puesto que allá en Quito había trabajado durante algún tiempo en un restaurante donde era la especialidad de la casa.

Y si quería, por un modesto suplemento podría degustarlo en el propio restaurante; no en el comedor, por supuesto, sino en la pequeña sala que usaban los camareros para estos fines. Allí estaría solo y podría comer tranquilamente sin que nadie le molestara.

Así lo hizo Eladio, disfrutando como no lo había hecho en años ya que, justo era reconocerlo, el asado estaba realmente soberbio. Eso sí, se le planteó un problema. Aunque estos animalitos son pequeños, comérselo entero de una sentada podía resultar indigesto; pero tampoco tenía donde guardarlo, por lo que a pesar de su sobriedad y, también espolado por la gula, dejó limpio el plato.

Satisfecho como nunca desde que llevaba viviendo en España Eladio agradeció al dueño del restaurante su buen trabajo y, orondo y con el estómago repleto, se fue directamente a su habitación con la sana intención de hacer la digestión mientras dormía la siesta, al modo de las anacondas amazónicas; puesto que era fin de semana, tenía por delante tiempo de sobra para recuperarse de la comilona.

Para su desgracia, las cosas no se desarrollaron conforme había planeado. Apenas llevaba unas pocas horas durmiendo cuando le despertó un fuerte dolor de estómago. Puesto que su aparato digestivo había sido siempre capaz de digerir las piedras y Eladio no sabía lo que era un simple ardor, atribuyó las desagradables molestias a un empacho de cuy, limitándose a ir a la cocina y endosarse una buena dosis de bicarbonato aprovechando que su dueño estaba ausente, lo que le evitaba tener que dar incómodas explicaciones. Así, pensaba, facilitaría el tránsito de la comida hacia el intestino.

Pero no fue así y cuanto más tiempo pasaba se encontraba peor, sin que sintiera la menor mejoría tras vomitar buena parte de lo que había comido.

Fueron sus compañeros de piso quienes le encontraron caído al lado de la cama y semiinconsciente, presa de una fuerte calentura. Le llevaron a urgencias y de allí fue enviado directamente al hospital, donde los desorientados médicos, incapaces de

diagnosticar sus extraños síntomas pero sospechando que pudiera tratarse de una enfermedad tropical, le remitieron a su vez a un centro especializado en patologías exóticas.

Todavía se encontraba internado el bueno de Eladio, convaleciente tras habersele atiborrado de antibióticos y otros medicamentos hasta por las cejas, cuando saltó a los medios de comunicación la noticia de que había sido detenido un inmigrante de origen andino acusado de sustraer los cadáveres de los cobayas utilizados en los ensayos clínicos del laboratorio farmacéutico en el que trabajaba como limpiador, los cuales, en lugar de ser incinerados tal como prescribía la ley, una vez despojados de la piel y de las vísceras habían sido derivados hacia el consumo humano vendiéndose clandestinamente a compatriotas suyos ansiosos por saborear a este pequeño roedor que tan popular era en sus países de origen.

Las autoridades sanitarias afirmaban que las posibilidades de enfermar tras la ingestión de estos animales eran mínimas, ya que aunque habían sido utilizados para ensayar nuevos tratamientos para determinadas enfermedades tropicales, como habitualmente se consumían fritos o asados era muy difícil que los agentes patógenos inoculados sobrevivieran al proceso de cocinado. No obstante, y como precaución, recomendaban que nadie consumiera carne de cobaya de origen desconocido o no certificado como mejor manera de prevenir una posible infección que, en cualquier caso, revestiría probablemente carácter leve, dada la gran diferencia corporal entre estos animales, que solían pesar alrededor de un kilo, y los humanos.

Eladio, obviamente, no se enteró en ese momento de ello; bastante tenía con lamentar lo mal que le había sentado el dichoso asado.

## EL INÚTIL

Las dos principales potencias regionales, cuya enemistad secular les había puesto en varias ocasiones al borde mismo de la guerra, al fin habían aceptado reunirse para limar asperezas gracias a los buenos oficios de su vecino común, un pequeño estado emparedado entre ambas que tenía mucho que perder y nada que ganar en caso de conflicto.

La firma del protocolo consensuado tras arduas negociaciones, un tímido paso adelante pero paso al fin y al cabo en la normalización de las relaciones entre los dos rivales, había sido programada con gran ceremonial por el presidente del pequeño país, convertido en anfitrión de sus poderosos vecinos en reconocimiento a su fructífera gestión -versión oficial- y por tratarse -versión real- de un territorio neutral, única manera de reunir a los dos orgullosos jefes, ninguno de los cuales jamás habría aceptado acudir en calidad de visitante a la capital enemiga.

Para revestir de más solemnidad al acto, éste tenía lugar en una pequeña finca de recreo ubicada junto al vértice donde convergían las fronteras de los tres países, razón por la cual, pese a su amenidad y a lo agradable de sus jardines, apenas era frecuentada por el presidente de la pequeña república... por si acaso.

La coreografía, a su vez, había sido organizada de la manera más minuciosa. En la amplia explanada que, entre jardines, se abría frente a la fachada principal del palacete, se había alzado una tribuna reservada para los tres jefes de estado y sus respectivos séquitos, mientras frente a ella se sentaban los selectos asistentes que habían sido invitados a la solemne ceremonia. Una guardia de honor integrada por miembros del exiguo ejército del país anfitrión, ataviados con sus vistosos uniformes de gala, y una brillante banda militar daban color y sonido al acto.

Comenzó su discurso el presidente dando la bienvenida a tan ilustres huéspedes, al tiempo que se congratulaba ante la nueva era de paz y prosperidad que se abría para todos gracias a la firma de tan importante acuerdo. Todo ello, por supuesto, convenientemente envuelto en el ropaje diplomático de un florido texto abundante en figuras retóricas, clichés, eufemismos y toda suerte de bonitas palabras, tal como era de esperar en semejante caso.

Una vez apagados los aplausos que cerraron la intervención presidencial, entusiastas por parte de sus ciudadanos y más bien tirando a formales los de sus serios invitados, la banda acometió con entusiasmo los vibrantes acordes de una marcha compuesta especialmente para el evento por el más afamado músico del país, mientras dos ujieres ataviados con adornadas vestimentas ceremoniales se abrían paso por ambos lados de la tribuna portando en sus manos sendas bandejas de plata en las que reposaban otras tantas

copias del documento con el que se pretendía poner fin a las antiguas rencillas entre los dos estados y las plumas de oro con las que serían firmadas por sus respectivos jefes.

Simultáneamente, un numeroso grupo de niños de ambos sexos, ataviados con vistosos trajes regionales, salieron por las puertas del palacete portando en sus manos palomas de immaculado plumaje blanco, las cuales una vez liberadas alzaron el vuelo trazando en el cielo una esperanzada alegoría de la paz.

Estaban ya los ujieres tras sus respectivos destinatarios, sentados a izquierda y derecha del anfitrión -los dos sillones que ocupaban habían sido asignados por riguroso sorteo- cuando el entusiasta vibrar de los instrumentos de viento se vio bruscamente interrumpido por el seco estampido de un disparo.

En un silencio sobrenatural cientos de pares de ojos se dirigieron hacia el lugar de donde había surgido éste, viendo como una de las palomas, que fatalmente para ella había tomado el camino opuesto al del resto de sus compañeras, interrumpía su vuelo con un brusco guiño antes de precipitarse al suelo, cayendo por detrás del muro de la finca al bosque que crecía tras ella.

La reacción de los asistentes al acto fue diversa. El presidente anfitrión, lívido, tras reclamar la presencia de su secretario le dictó unas instrucciones en voz baja que éste se apresuró a obedecer.

El Gran Mariscal que ostentaba la jefatura suprema de uno de los dos estados firmantes no fue tan discreto, ya que gritó una orden en su áspero lenguaje al edecán que le acompañaba que éste transmitió al resto de sus acompañantes. El comportamiento del segundo invitado, el Primer Ciudadano del País, fue diferente, ya que se limitó a interrogar gestualmente a su ministro de Asuntos Exteriores, sentado a su lado, el cual no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros.

Una vez superada la sorpresa inicial ambos tuvieron, por el contrario, una reacción similar: tras medirse mutuamente con la mirada -su anfitrión, que se interponía entre ellos, semejaba haberse convertido en invisible-, se levantaron con brusquedad de sus asientos y, seguidos por sus respectivos séquitos y por los escasos compatriotas que se contaban entre el público, abandonaron el recinto y el país que les había acogido sin despedirse siquiera, encaminándose en sus coches oficiales hasta las cercanas fronteras mientras los ciudadanos del país, encabezados por su presidente, se quedaban literalmente con la boca abierta.

El intento de pacificación entre los dos belicosos estados había fracasado de la manera más inesperada.

\* \* \*

El hombre caminaba por el bosque de vuelta a su casa. Ataviado con unas ajadas ropas que hacía mucho conocieron tiempos mejores, portaba al hombro una escopeta todavía humeante y de su cinturón colgaba el cuerpo inerte de una paloma con el blanco plumaje salpicado del rojo intenso de la sangre. A sus pies trotaba un perro de raza indefinida, jubiloso por haber podido dar rienda suelta a sus adormecidos instintos cazadores.

Su vivienda, algo menos que una cabaña y algo más que una choza, se alzaba junto a un pequeño claro que se abría entre los árboles. A la puerta de ella se encontraba su mujer, vestida tan modestamente como él, con los brazos en jarra y el ceño fruncido.

-¡Ya estás aquí! ¿Dónde te habías metido?

Al ver la escopeta y el exangüe trofeo, exclamó:

-¡Otra vez de caza! Mientras el señorito se divierte, aquí estoy yo para sacar adelante la casa. ¡Qué digo casa! Porque ni siquiera podemos permitirnos el lujo de vivir en un sitio mínimamente decente, ya que al señor no se le antoja trabajar.

Se interrumpió, recordando algo, y reanudó la diatriba trocando el enfado por el miedo:

-Oye, ¿no se te habrá ocurrido acercarte a la finca?

-No he saltado la tapia -rezongó él de mala gana- si es eso lo que te preocupa, no tengo ganas de tropezarme con los guardias. Estuve por fuera.

-¡Alma de cántaro! -exclamó ella francamente asustada-. ¿Pero es que no sabías que había allí no sé qué acto importante, y que iba a estar llena de peces gordos? ¿Pero qué ibas a saber, si nunca te enteras de nada? ¡Dios mío, me casé con un imbécil!

-Yo... -intentó disculparse-. Sí que se oía barullo, incluso música, pero no me arrimé al jardín delantero que es por donde debían estar, fui por la parte de atrás de la tapia y allí no había nadie... o al menos, yo no lo vi.

-¿Y la paloma? No me dirás que te la sacaste del sombrero...

-De repente salió volando una bandada, y una de ellas vino hacia donde yo estaba. No había cazado nada, ni siquiera un mal conejo, así que levanté la escopeta, disparé... y -añadió esbozando un gesto de satisfacción- tenemos carne fresca para la comida.

-Carne fresca es la que te doy a dar a ti... temiendo estoy que venga la policía a buscarte... a buscarnos -se corrigió, dado que lo primero no le preocupaba tanto-. Pero hasta para eso tendrás suerte.

-¿Por qué iban a venir? -se extrañó él-. ¿Por una simple paloma? Las hay a montones, y no está prohibido cazarlas.

-¡Serás imbécil! ¿Cuándo has visto tú que las palomas salvajes sean blancas? ¿No se te ha ocurrido pensar que las hubieran podido soltar en la ceremonia de la finca?

-Pues la verdad es que no; aunque sí me extrañó algo que saliera de allí una bandada tan grande. Pero total, por una sola... había muchas, y todas las demás se escaparon. Bueno, ahora que lo pienso, también se calló la música, pero no creo que fuera por mi disparo. Tanto la paloma como yo estábamos fuera, en el bosque.

-¡Pero cómo me casaría yo con alguien tan cretino! Anda, esconde la escopeta y si alguien te pregunta le dices que no te acercaste por allí. ¡Y dame el bicho, no sea que lo vayan a ver!

Arrebatándosele de las manos, se introdujo en la modesta vivienda. Su primera intención fue echarla al fuego para hacerla desaparecer, pero luego lo pensó mejor y comenzó a desplumarla fieramente, arrojando las plumas a las llamas. Una vez sin ellas no era posible adivinar cual había podido ser su librea, y dado que en el puchero tan sólo se estaban cocinando patatas y algunas verduras, un poco de carne tampoco vendría mal. Con habilidad hija de la práctica destripó el ave con rapidez, la troceó y añadió los trozos al guiso.

-Menos mal que estoy yo aquí -rezongaba para ella-, porque si fuera por este... -fulminó con la mirada a su consorte, que mientras tanto había echado mano a la bota y estaba empinándola beatíficamente-. ¿Qué me daría a mí el maldito día que le conocí? En la vida he conocido a alguien tan inútil, sería incapaz de hacer absolutamente nada por mucho que se lo propusiera, que ni siquiera se lo propone.

Se equivocaba.